



## COMENTARIO A LA «TARIFA DE BOTICAS» IMPRESA EN SANTIAGO DE CHILE EN EL AÑO DE 1813 <sup>1</sup>

POR

LEON TOURNIER

Antes de pasar revista a los medicamentos cotizados en el arancel chileno de 1813, me parece necesario exponer sumariamente las teorías médicas de la antigüedad y de la edad media, porque al no conocerlas, aunque sea superficialmente, no podría explicar el uso de la mayoría de dichos remedios.

El doctor Rodolfo Lenz hace notar, que de la comparación de la tarifa de 1813, con los medicamentos de la botica San Juan de Dios de Santiago, del año 1748, se desprende que los progresos en esta materia son nulos durante el siglo XVIII. (Véase *Drogas antiguas*, pág. 25). Lo propio sucedió en los demás países del Nuevo y Antiguo Continente, ya que en esta época la química, propiamente dicha, no existía.

Las teorías astrológicas y alquimistas que imperaron has-

---

(1) Esta tarifa se ha publicado en los ANALES DE LA UNIVERSIDAD; tomo CXXVII, y en la REVISTA DE FOLKLORE CHILENO, tomo I, en el anexo del trabajo intitulado: *Las Drogas antiguas en la medicina popular de Chile*, por LEON TOURNIER; con anotaciones y un anexo del DR. RODOLFO LENZ.

ta mediados del siglo XVIII son las que, sin contestación alguna, han presidido a la elección de las drogas hasta entonces usadas.

La alquimia se conocía en Egipto desde la más remota antigüedad; se atribuía su descubrimiento, como el de todas las ciencias de este país, a Hermes Trismegistos; los griegos la llamaron por eso Filosofía hermética. Esta ciencia se propagó en el Occidente desde el siglo III de nuestra era, pero a los árabes se debe el gran auge que adquirió durante la edad media; les debemos el nombre mismo de alquimia, que significa el arte de los negros o de los Kemia. Este era el nombre que le daban los egipcios.

Según astrólogos y alquimistas, el hombre es un microcosmo, o pequeño mundo, análogo en todas sus partes al macrocosmo, al mundo grande o universo. Los doce signos zodiacales y los siete planetas corresponden analógicamente a otras tantas partes del cuerpo: *Aries*, a la cabeza; *Taurus*, al cuello; *Gemini*, a las espaldas; *Cancer*, al pecho; *Leo*, al corazón; etc. . . . *Saturnus*, corresponde al bazo; *Júpiter*, al hígado; *Mars*, al estómago, etc. *Homo factus est parvus quidam mundus, et omnes mundi naturas ac conditiones continet. Nos enim astrorum discipuli sumus; illa autem, nostri Doctores*, dijo PARACELSO.

Cada mineral, cada planta, corresponde asimismo a un planeta; se dice que están «signados», o que son la «signatura» de un astro: v. gr.: el oro está signado por el Sol; la plata por la Luna; el azogue por Mercurio; el cobre por Venus; el hierro por Marte; el estaño por Júpiter y el plomo por Saturno.

Las enfermedades, los temperamentos, los climas, los días de la semana, todo, en una palabra, absolutamente todo, corresponde analógicamente a un planeta o a algún signo zodiacal.

La acción de los astros era benéfica o maléfica, cálida o fría, seca o húmeda.

Los médicos medioevales que tenían que consultar diaria-

mente el cielo para conocer la situación de los diferentes planetas, eran al mismo tiempo astrólogos. Su diagnóstico descansaba en parte sobre sus observaciones astronómicas, porque la enfermedad de un órgano cualquiera era de más o menos gravedad según el lugar ocupado por el planeta correspondiente. Por ejemplo, una herida o una enfermedad de la cabeza era mas peligrosa cuando el Sol se encontraba en *Aries* que en cualquier otro signo zodiacal.

La recolección de las plantas estaba sujeta también a reglas fijas: El ciprés debía cosecharse cuando el Sol estaba en *Pisces*, o la Luna en *Gemini*; cuando la Luna está en *Scorpio*, la achicoria tiene propiedades depurativas y calmantes, pero si se cosecha cuando Júpiter se encuentra en *Sagittarius*, o la Luna en *Leo* a la hora de Venus, adquiere propiedades vulnerarias, etc.

La iglesia católica combatió enérgicamente estas observancias por supersticiosas y prohibió repetidas veces valerse de ellas para cosechar las plantas, por lo que cayeron en desuso desde principios del siglo XVII, pero los curanderos las han conservado hasta nuestros días.

El uso de una planta o de un medicamento estaba señalado no solamente por su signatura, sino también por sus analogías visibles con las enfermedades o con los órganos: Así, se empleaba el ruibarbo en las enfermedades del hígado, porque es amarillo; la tormentilla, cuya raíz es colorada, se recetaba contra las hemorragias, como vulneraria y astringente, en este caso y por la misma razón, se usaban las rosas lacres, el sándolo rojo, la sangre drago y el coral; la mandrágora se tenía por afrodisíaca, porque sus raíces tienen una forma que recuerda la mitad inferior del cuerpo humano. (En realidad, esta planta es narcótica).

Desde su origen, la alquimia estuvo estrechamente ligada con la astrología, los adeptos de una y otra ciencia profesaban las mismas ideas filosóficas de las cuales habían deducido sus teorías científicas, y algunas de ellas no eran del todo falsas.

Creían en la unidad de la materia, correspondiente a la unidad causal. Todos los cuerpos del Universo están compuestos por una sustancia única bajo distintas formas, de ahí, según ellos, la posibilidad de transmutar el plomo u otro metal en oro o en plata. Durante la primera mitad del pasado siglo, los sabios creyeron sinceramente en la invariabilidad de las especies químicas y consideraron la piedra filosofal como un mito, pero el examen atento de los hechos hizo pensar después a varios eminentes químicos, que esta teoría no carecía de cierto fundamento. Los descubrimientos hechos durante estos últimos años, el del radio especialmente, que trajo como consecuencia el de la disociación de la materia y su reducción definitiva en éter, confirmó sobre este punto la teoría alquimista.

Estos antiguos sabios pensaban que no debían divulgar sus ciencias; por este motivo, escribieron sus obras en un estilo convencional y empleando signos conocidos sólo por los adeptos de dichas ciencias. Los que, sin estar versados en el oscuro simbolismo usado por los alquimistas, quisieron aplicar sus teorías, cayeron en groseros errores que ninguno de éstos se cuidó de señalar; de allí proviene el empleo de remedios tales como los bálsamos bezoárdicos, las víboras y otros. Además, los alquimistas y los médicos extraviaron su criterio con las estériles discusiones de una enmarañada escolástica que reinaba en las aulas y fuera de ellas. La terapéutica, como todas las demás ciencias, sufrió, por esta causa, un verdadero estancamiento durante la edad media. Por otra parte, se limitaron a una aplicación infantil de las teorías que habían forjado y no se dedicaron a una investigación verdaderamente científica acerca de la composición y de los efectos de los remedios, todo lo cual contribuyó para dar a la farmacopea de antaño el carácter a la vez pueril, incoherente y doctoral que tiene.

El siglo XVIII nos aparece como una era esencialmente renovadora, una era de tránsito entre la edad media y los tiempos modernos. Desde sus albores, se siente pasar sobre la hu-

manidad entera, el soplo de ideas nuevas, que en su ocaso se trasformó en el huracán que barrió con las instituciones políticas y sociales y cambió los mapas de América y Europa. El espíritu humano parece despertar de un prolongado letargo, sacude el yugo de ideas seculares y se emancipa; los sabios se lanzan resueltamente en la vía del análisis y de la experimentación; la química en particular dió, durante la segunda mitad de este siglo, pasos agigantados.

En 1772, PRIESTLEY descubrió el protóxido de ázoe que se empleó después como anestésico.

El 1.º de agosto de 1774, este mismo sabio descubrió el oxígeno.

En 1781, CAVENDISH demostró que de la combustión del hidrógeno resultaba agua. WATT infería de esto, en 1783, que el agua se componía de hidrógeno y de flógisto; este mismo año, LAVOISIER dió la verdadera explicación de la experiencia de CAVENDISH, al probar que el agua está formada por el hidrógeno y el oxígeno.

Numerosos fueron los químicos que se distinguieron en esta época, por sus investigaciones, pero los más célebres de ellos fueron, sin disputa, WENZEL y SCHEELE. Aquél fué el primero en asentar las nociones de peso y de cantidad en química, fué también el primero en reconocer que en la doble descomposición de las sales, no se crea ni se pierde nada, ya sea como materia, ya sea como fuerza química, principios sobre los cuales se fundaron la teoría química de LAVOISIER, la atómica o de los equivalentes de DALTON, la estática química de BERTHOLLET y los ingeniosos métodos de análisis por vía húmeda de GAY-LUSSAC.

Ahora se pueden hacer restricciones a estas teorías, con motivo del reciente descubrimiento de la radioactividad de los cuerpos, restricciones meramente teóricas, pues en la práctica se puede prescindir de ella, ya que las balanzas de precisión no pueden apreciar la pérdida de materia efectuada en las combinaciones químicas.

SCHEELE era dotado de una inagotable inventiva química,

y para enumerar todos los cuerpos que descubrió, habría que abarcar la casi totalidad de la nomenclatura química. Le debemos el *cloro*, el *manganeso*, los *ácidos sulfúricos, cítricos, tartáricos, cianídricos*, la *glicerina*, etc.

Aunque fueron cuantiosos los descubrimientos químicos hechos entonces y durante los primeros años del siglo siguiente, las convulsiones políticas y las colosales guerras que sacudieron América y Europa impidieron en parte que se aplicaran al alivio de las enfermedades. Las preocupaciones del momento las encaminaron a fines muy distintos:

Bajo su primera República, la Francia se vió acometida por todas partes y estrechamente bloqueada por las demás naciones del continente; encontrándose casi sin armas y sin municiones, fueron químicos los que le proporcionaron el salitre, la pólvora y el bronce que necesitaba.

Más tarde, el bloqueo continental privó la Europa entera de una gran cantidad de productos que se habían importado hasta entonces de ultramar; los químicos pusieron mano a la obra e hicieron brotar del suelo el azúcar, el indigo, la soda y muchos otros productos, creando al mismo tiempo industrias nuevas, hoy todavía muy prósperas.

Las guerras napoleónicas en Europa y las de la independencia en América habían dejado poco tiempo a los sabios para preocuparse mucho de la aplicación medical de los nuevos descubrimientos químicos; pero, pasado este período tempestuoso en las historias de las naciones, la terapéutica volvió a ocupar el lugar preferente que tuvo siempre en las ciencias. Las drogas antiguas y las añejas teorías medioevales estaban desacreditadas. Nuevos métodos surgen y nuevos remedios reemplazan los que han caído en desuso.

En 1816, un farmacéutico alemán, SERTUERNER, con el descubrimiento de la morfina, inaugura el de los alcaloides que tan importante papel desempeñan ahora.

En 1820, CAVENTON y PELLETIER descubren la quinina y sus efectos contra la fiebre. Desde entonces la farmacia se

enriqueció con un sinnúmero de medicamentos nuevos y se transformó radicalmente.

Por lo expuesto, la farmacopea chilena en 1813, así como la de las demás naciones, no podía diferenciarse esencialmente de la usada en el siglo XVIII y ésta venía en línea recta de la edad media, heredera de la antigüedad.

\*  
\* \*

Las teorías astrológicas y alquimistas desaparecieron no sin dejar huellas en el vocabulario corriente, en algunas expresiones e ideas todavía populares.

Los remedios ferruginosos son preparaciones *marciales*; el acetato de plomo es la *Sal de Saturno*; el *vinagre saturno* es la disolución de dicho acetato en agua destilada; el azogue da sales *mercuriales*, etc.

Cada uno de los días de la semana fué consagrado a un planeta: el lunes, a la Luna; el martes, a Marte; el miércoles, a Mercurio; el jueves, a Júpiter. El sábado y el domingo están dedicados respectivamente a Saturno y al Sol.

Varias plantas tienen denominaciones que recuerdan su signatura: la peonía, el heliotropo, la pulmonaria, la serpentaria, etc.

Popular está en Chile el antiguo refrán español:

Día Martes  
no te cases  
ni te embarques;

lejano recuerdo de los días fastos y nefastos de la antigüedad. La opinión de los pueblos es bastante dividida sobre este punto; el lunes es el día funesto de los rusos, el miércoles el de los persas, pero para todos los supersticiosos del orbe, el más desgraciado día es el viernes, consagrado a la diosa del amor, porque toda generación es una muerte. De ahí

proviene en muchas partes la costumbre de plantar en los cementerios sauces llorones, árbol signado por Venus.

Sea lo que fuere, los novios, los marinos y los viajeros, salvo las consabidas excepciones, toman aquel precepto en muy poca consideración; pero los hortelanos cuidan todavía de sembrar sus semillas durante la luna menguante para obtener una buena cosecha, y en esto no estoy de acuerdo con ellos: según los astrólogos, la influencia de la luna menguante es fría, la de la luna creciente es cálida, y es seca la de la luna llena; sería pues, de acuerdo con esta teoría, más lógico sembrar durante la luna creciente.

Para cosechar, el hortelano no se preocupa ya de la luna, pero muchos yerbateros creen siempre que las plantas deben recolectarse a determinadas horas del día o de la noche y estando la luna en una fase dada.

De toda la jerigonza medioeval respecto de los medicamentos, el pueblo chileno recuerda solamente que unos son cálidos y que otros son frescos y, por lo tanto, las enfermedades se dividen también en dos categorías: las que están producidas por el calor y las producidas por el frío. La estitiquéz (por estreñimiento) es una enfermedad *de calor* y la «lipiria» (lepidia) es una enfermedad *de frío*, por ejemplo. Pero también se admitió que una dolencia puede ser ocasionada por uno u otro agente: v. gr.: puede uno constiparse de frío o de calor; si el resfrío es de calor se trata con limonadas, crémor, ácido de limón y purgantes, porque son remedios frescos; si esta enfermedad es de frío, debe usarse tilo y saúco, que son remedios cálidos. Recíprocamente, se deduce la causa de una enfermedad de la naturaleza de los remedios con los cuales se ha sanado: si con remedios frescos, la dolencia era de calor y *vice-versa*, es el *contraria contrariis curantur* simplificado y en esto el pueblo se aparta radicalmente de los médicos antiguos, cuya terapéutica está resumida en el aforismo: *similia similibus curantur*.

El pueblo aplica su teoría no solamente a las medicinas, sino también a los alimentos y a las bebidas, lo que, tratán-

dose de estas últimas, da un pésimo resultado: El vino es cálido, de suerte que para pasar una *mona* adquirida con vino, hay que tomar cerveza o *chinceles* porque son frescos.

La pitarrilla, la chicha y la cerveza son bebidas frías, hay que tomar aguardiente para que no hagan daño. Con este sistema, el alcohólico satisface su vicio y se emborracha durante semanas enteras. Al fin tiene que ir a la botica por algún remedio fresco, ya sea sal de Inglaterra, sulfato de soda, crémor o sal de fruta. (\*)

(\*) NOTA.—Llámase *chincol* una mezcla de limonada o de aloja con aguardiente. *Chincol* es el nombre de un pajarillo y tal vez llámase así la susodicha mezcla por la pequeña cantidad de alcohol que contiene.

La aloja, bebida nacional de Chile, es un cocimiento de *culén* (*Psoralea glandulosa*), azucarado y aromatizado con nuez moscada, macis, i clavos de olor. Para eso se emplea únicamente el palo del culén previamente despojado de su corteza. La aloja hecha con el culén recién cortado es blanca, toma un tinte verdoso si se emplea el palo seco. Un principio de fermentación hace esta bebida espumosa; algunos fabricantes la gaseifican artificialmente.

La sal de fruta se ha hecho popular en Chile; hace las veces de soda refrescante que se expende en dos papelillos separados, el uno azul con bicarbonato de soda y el otro blanco con ácido tartárico. En la sal de fruta estos dos compuestos vienen juntos con azúcar; algunos boticarios le agregan tártaro doble de soda y de potasa, carbonato de magnesia y algunas veces una pequeña cantidad de sal de Inglaterra.

El uso de la sal de fruta fué propagado en Chile por el específico inglés «Enos fruit salt» de Hockins, cuyo precio no está al alcance de todo el mundo; por este motivo, los boticarios hacen una preparación similar para la venta al detalle. Con esto la medicina popular y el vocabulario nacional se enriquecieron respectivamente de un remedio nuevo y de una palabra que, por cierto, no le hacía falta. En efecto, la atención del pueblo fué llamada sobre todo por el nombre de Hockins, que está impreso en letras gordas sobre el rótulo de los frascos de «Enos fruit salt» i la sal de fruta se volvió *sal dioqui*; los más letrados escriben «sal de oqui», y el tiempo andando, el pueblo acabó por creer que la sal de fruta y la sal dioqui son dos remedios distintos.

## COMENTARIO

A la «Tarifa o Regulación de los Precios de los medicamentos simples y compuestos...» de Santiago de Chile del año 1813.

(*Tarifa* pág. 2)

Las aguas simples destiladas del Arancel de 1813, exceptuándose la de lechugas, no se usan hoy.

El agua de achicoria (*Cichorium intybus*), se preparaba con la raíz de dicha planta, así como la de *scarola* (*C. endivia*), que es una variedad de achicoria; se tenían por vulnerarias y calmantes.

La *Lechuga* (*Lactuca sativa*), es emoliente y sedativa.

El tallo de esta planta contiene un jugo lácteo; se la creía buena, por este motivo, para aumentar la leche de las nodrizas. Con el jugo se preparaba el agua de lechuga y un extracto.

La lechuga farmacéutica es la *Lactuca sativa virosa*; tiene los mismos usos que la precedente, pero es más activa. Se saca de ella el lactucario que goza de propiedades calmantes y que sirve todavía hoy para hacer píldoras, jarabes y póciones.

La *Borraja* (*Borrago officinalis*) es depurativa y sudorífica. En la farmacia se emplean exclusivamente las flores y las hojas de esta planta. Es en Chile un remedio casero, pero el pueblo usa también el tallo.

El *Cardo Santo* (*Cricus benedictus*) es diurético, sudorífico, depurativo y febrífugo, se hacía también con él un extracto y una conserva.

La *Fumaria* es una planta que abunda en todos los países del antiguo continente. Se conocen cerca de cuarenta variedades de fumarias; la más común es la *Fumaria officinalis* con la cual se preparaba el agua y la conserva. Se empleaba con-

tra la dispepsia, la ictericia, el escorbuto, las dermatosis, la lepra, etc.

El *Agua de cebada* (*Hordeum vulgare*) desapareció de la farmacopea, pero se receta bajo otras formas la cebada, ya sea como alimento, en cocimientos y sobre todo como extracto de malta que entra en la composición de numerosos específicos.

La *Verdolaga* (*Portulaca oleracea*) es una planta purgante, se la creía vermífuga y diurética.

Las *Aguas aromáticas* de rosa, de toronjil, de azahar, de yerba buena, de hinojo y de manzanilla son recetadas todavía por los doctores y sirven de vehículo a medicamentos más activos; pero, a mi parecer, debería proscribirse el uso de estas aguas.

El boticario no puede, por muchas razones, fabricar todas las aguas destiladas que necesita; las aguas importadas, además de costar caro, no se conservan bien y llegan muchas veces casi descompuestas. Para obviar estos inconvenientes, el boticario suele hacer estas aguas y emplea para ello varios métodos; uno de ellos consiste en mezclar algunas gotas de esencia con agua caliente y en otro se mezcla la esencia con carbonato de magnesia, se agrega después el agua y se filtra. Las aguas así fabricadas no tienen las mismas propiedades que las que se destilan sobre la planta; su sabor y su olor varía de una botica a otra, según el método y la cantidad de esencia empleados, en tal forma que una receta despachada en varias boticas no tiene el mismo gusto, lo que lleva la desconfianza en el ánimo del enfermo.

El *agua de rosas* se preparaba con la *Rosa centifolia*; hoy se hace en general con una gota de esencia de rosas legítima en un litro de agua caliente; este método fué adoptado, en sus últimas ediciones, por la farmacopea alemana y de parte de tan importante autoridad en la materia, antes que una aprobación oficial de su bondad, lo considero como un reconocimiento implícito de los defectos que acabo de señalar en las aguas aromáticas destiladas.

Algunos boticarios, por economía, en lugar de esencia de rosas, emplean 4 o 5 gotas de esencia de palma rosa (*Ol. vol. Geranii odoratissimi*). Esta agua está recetada frecuentemente en colirios. La eficacia del agua de rosas en las enfermedades de la vista no está bien probada y la de las pseudoaguas de rosas que se expenden en su lugar, es más que dudosa: su uso debería limitarse a las pomadas y a los cosméticos.

El *agua de toronjil* (*Melissa officinalis*) está muy usada todavía y se hace como la anterior con algunas gotas de esencia y agua. El uso de esta planta es popular en Chile contra los ataques nerviosos y las enfermedades del corazón, ya sea en infusión, o mejor macerando un cogollo de toronjil en agua fría, a la que se mezcló previamente una clara de huevo, porque el toronjil y la clara de huevos son *frescos*; de donde se deduce que la acción simultánea de estos dos *mixtos* debe ser provechosa en estos ataques que se creen producidos por el calor (1).

(*Tarifa, pág. 3*)

Las *aguas espirituosas* se denominan hoy alcoholados. La de *canela* se obtenía destilando la canela con alcohol y agua de canela; de la misma manera se fabricaban todas las aguas espirituosas.

Las aguas de canela hordeada, cidoneada, etc., no son espirituosas; se hacían destilando la canela con un cocimiento de cebada (*Hordeum*) o de membrillos (*fructus cydonia*).

El *agua de la vida de las mujeres* era también un alcoholado de canela compuesto.

El agua espirituosa de *Brionia compuesta* se hacía destilando la brionia con ruda, sabina, poleo, manzanilla, corteza de naranjas.

La *Brionia* (*Bryonia alba*) es una planta común en Europa,

(1) A este remedio alude el refrán chileno, usado a menudo metafóricamente: «¿Por qué tanto toronjil, cuando tanta pena no hay?» (R. L.)

se usaba la raíz como purgante; el agua de brionia tenía propiedades sedativas y antiespasmódicas. La alopatía abandonó el uso de esta planta, pero los homeópatas la recetan contra el reumatismo.

El *agua carmelitana* es el alcoholado de melisa compuesta de la farmacopea francesa. Fué inventada en un convento de religiosos carmelitanos de la calle Vaugirard (Paris) en 1611. La fórmula dada por el Codex no es la original. DORVAULT dice que es una simplificación de ella y que no le va en zaga en cuanto a propiedades medicinales. Hoy se simplifica más todavía su preparación, disolviendo esencias en alcohol en vez de destilar las plantas como lo requiere la fórmula. Es un remedio popular en Chile; se toma por gotas en agua azucarada.

Además del agua esp. de *Peonia compuesta* se mencionan también en nuestra tarifa la raíz, el jarabe y las semillas de dicha planta. La *Paeonia officinalis*, a pesar de haber sido empleada como remedio desde tiempos muy remotos, ha caído en desuso en la alopatía. (Se receta siempre en homeopatía). Esta planta estaba signada por el Sol como lo indica su nombre (Paeonía, de Apolo, dios del Sol). Con sus flores se preparaba el agua destilada que se usaba contra la epilepsia. Las raíces se recetaban contra la hidropesía, la histeria y las convulsiones. Las semillas eran eméticas y purgantes; con ellas se hacían también collares para los niños como medio profiláctico contra las convulsiones; estos collares eran eficaces sólo cuando estaban hechos con las primeras semillas de una planta nueva. (Porque estaban destinados a niños recién nacidos, téngase presente la teoría de las analogías.)

El *agua teriacal* espirituosa se obtenía destilando la teriaca con alcohol, agua dest. de nueces y unas quince plantas distintas; si se tiene en cuenta que entraban cerca de sesenta medicamentos en la teriaca, resulta que este alcoholado era el producto de la destilación de sesenta y cinco sustancias; pero muchos principios activos de la teriaca quedaban en el residuo de la destilación, los del opio, entre otros, que

entra en cantidad muy apreciable en este electuario. Esta agua era una preparación cara, cuyo valor terapéutico no correspondía a su alto precio, por lo que cayó con razón en el olvido. Las aguas teriacales se empleaban como sudoríficas, estomacales y tónicas.

El *agua de la reina de Hungría* era un alcoholado de romero compuesto, contenía además alhucema y salvia. Esta agua ha corrido la misma suerte que la anterior, pero el romero, la alhucema y la salvia son siempre remedios populares.

La mal denominada *agua antiapopléctica* era una especie de tintura de canela compuesta, de la que formaba parte el sándalo, la galanga, el anís, bayas de enebro y otras plantas aromáticas que hacían de ella un excelente aperitivo, más propio para dar, que no para contrarrestar la apoplejía. Algunos farmacópolas le agregaban polvo de víboras, lo que basta para justificar su alto precio; era pagar mucho para correr el riesgo de contraer una enfermedad que se trataba de evitar.

Disolviendo alumbre y sublimado corrosivo en agua de rosas, se obtenía el *agua aluminosa*, empleada contra las llagas purulentas y venéreas.

(*Tarifa*, pág. 4)

El nombre de *bálsamo* designaba antiguamente preparaciones farmacéuticas muy variadas; se aplicó primero a unos unguentos que se creían dotados de maravillosas propiedades; más tarde se dió el nombre de bálsamo a preparaciones líquidas i aromáticas, hechas generalmente con alcohol y, por fin, a sustancias naturales odoríferas. Esto explica porque en el arancel de 1813, se encuentra con esta denominación el unguento arceo, la tintura balsámica y la resina del *copaifera offic.* Hoy farmacéuticos y químicos están de acuerdo para considerar como bálsamos, únicamente los productos vegetales naturales en cuya composición entra una resina, un aceite volátil y un ácido aromático.

El *bálsamo arceo*, hoy tan olvidado, es un unguento hecho con sebo, manteca, trementina y *resina elemi*.

El *bálsamo anodino* que se usa en fricciones, es un remedio popular en Chile, y los médicos mismos no desdeñan recetar-lo. Es una tintura hecha con jabón blanco, opio, alcanfor, esencia de romero y alcohol. Su color puede variar según el método seguido para hacerla, y el grado del alcohol empleado.

El *bálsamo antihistérico* era una especie de pasta hecha con varias esencias aromáticas, opio, asafétida, aloe y varios otros medicamentos; se usaba en inhalación por las narices y en fricciones sobre la barriga.

El *bálsamo católico* o tintura balsámica se usaban como cordial, tomándolo por gotas. Aunque ningún doctor se acuerda hoy de recetar este bálsamo, se encuentra sin embargo en todas las boticas de Chile porque es un remedio popular para curar las heridas. Los principales componentes de esta tintura son el aloe, el benjuí, el bálsamo de Tolú, la mirra y el incienso.

El *bálsamo de copaiba* es una oleo-resina que exuda espontáneamente o artificialmente por medio de incisiones del tronco del *copaifera*, leguminosa que se encuentra en varios países de la América Central, en Méjico y en el Brasil. (Véase sobre este bálsamo y el perusiano *las Drogas antiguas* p. 18.)

He dicho ya, que en Chile, el empleo del bálsamo de copaiba y del perusiano era popular en la curación de las heridas. Ultimamente, algunos doctores, han tratado de vulgarizar el empleo de este bálsamo para este objeto. Los japoneses durante su última guerra con Rusia lo emplearon en grande escala y con éxito. agregándole *antitoxina tetánica*.

El *bálsamo de Lucatelli* era una pomada que se tomaba a la dosis de dos gramos contra la tisis y para el uso externo; servía en los casos de llagás y úlceras purulentas. He aquí la fórmula de este maravilloso remedio: *Aceite de olivo*, 180; *cera amarilla* 180; *vino de Madera* 150; *trementina* 180; *bálsamo del Perú* 8, *Sándalo rojo polv.* 15.

El *bálsamo de María* es una resina que exuda del tronco,

de las ramas y de las hojas del *Calophyllum Mariæ*, árbol que crece en las Antillas.

El *bálsamo de azufre terebentinado* se compone de una parte de azufre y de 8 partes de esencia de trementina. Este mismo bálsamo era sucinado, reemplazando la esencia de trementina por tintura de sucino.

El *bálsamo de azufre anisado* que se encuentra más adelante (véase *Tarifa* pág. 5. en *Drogas antiguas* pág. 29) era una mezcla de una parte de azufre con 4 partes de esencia de anís.

Dada su composición, llama la atención el alto precio de estos bálsamos y la razón de ello es tal vez conocida de pocas personas. La introducción de estos remedios azufrados en la terapéutica se debe a uno de esos errores en que incurrieron los médicos que creyeron haber encontrado uno de los secretos que tan bien sabían disimular los alquimistas; éstos por su parte contribuyeron a mantener este error y otros de la misma especie con la terminología que solían emplear.

El quinto arcano de los alquimistas era el *liquor hepatis*, que obtenían destilando azufre con cal y sal amoníaco; dieron por broma a este licor el nombre de Bálsamo y como no querían divulgar su composición, dijeron que era una disolución de azufre en un aceite volátil. Los médicos lo creyeron cándidamente y a ésto se deben estos pseudo-bálsamos que empleaban como tónicos, estimulantes, contra las enfermedades del hígado, de la vejiga, de los riñones, etc., porque les atribuyeron numerosas propiedades medicinales que no tenían, en vista del gran aprecio que les demostraban los alquimistas. El doctor encargado de regular el precio de las drogas en Chile, tenía por cierto más presente en la mente el valor terapéutico de los bálsamos azufrados que no su composición química: los remedios buenos siempre cuestan caro.

(Tarifa, pág 5)

El *bálsamo verde* que se empleaba en la curación de las llagas y de las úlceras, se componía de aceite de linaza, aceite de olivo, aceite de laurel, trementina, áloe, sulfato de zinc, acetato de cobre, esencia de clavos y esencia de junipero.

El *Galvaneto de Paracelso* es una mezcla por iguales partes de esencia etérea de gálbano y de esencia de alhucema.

El gálbano es una gomorresina que exuda del *Ferula gommosa* y del *Ferula rubricantes*. Se recetó como estimulante y antiespasmódico; forma la base del emplasto del mismo nombre; entra en la teriaca, el diascordio y el diaquilón engomado.

Paracelso, cuyo nombre aparece aquí por primera vez, nació en Einsiedeln, cerca de Zúrich en 1493; fué el más célebre alquimista y médico de la Edad Media; en medicina fué un reformador y trató de revolucionar la terapéutica. En 1526 fué nombrado profesor de la universidad de Basilea (Suiza), pero su orgullo y su arrogancia sublevaron en su contra a sus colegas, y se vió obligado a abandonar luego su cátedra. Tuvo enemigos acérrimos y también discípulos entusiastas que hicieron prevalecer sus ideas y las impusieron a los sabios de los siglos XVI y XVII. Escribió inmensas obras en un alto alemán lleno de neologismos especiales, las que fueron después vertidas a un latín poco castizo.

Paracelso, al decir de sus discípulos, había encontrado la piedra filosofal y el elixir de larga vida; no obstante murió pobre, a la temprana edad de 48 años.

El *Bálsamo apopléctico*, compuesto de aceite de nuez moscada, de varias esencias tales como la de canela, de clavos, de lavándula, etc., de bálsamo de tolú, de ámbar, de almizcle, etc.; formaba una untura hoy olvidada y relativamente barata si se compara su precio de dos reales la dracma con el de los bálsamos azufrados. Es evidente que aquí no se trata de ningún arcano hermético.

*Manteca de antimonio* es el cloruro de dicho metal; es un caústico enérgico.

Los otros derivados del antimonio cotizados en nuestro arancel son:

La *cerusa de antimonio* (*Tarifa, pág. 7.*) que es un óxido de antimonio hidratado que no debe confundirse con el bezoar mineral que es también un óxido del mismo metal; este tiene como fórmula  $\text{SCO}^3$  y aquél  $\text{SCO}^5, 2\text{HO}$ .

El *higado de antimonio* que es un sulfuro doble de antimonio y de potasa, se usaba en las dermatosis, las afecciones escrofulosas y sifilíticas.

El *azafrán de los metales* es el mismo producto pulverizado y el *vidrio de antimonio* es el sulfuro de antimonio fundido que tiene la apariencia de un vidrio amarillento.

El *Kermes mineral*, que es un sulfuro de antimonio precipitado, fué descubierto por GLAUBER (1604-1662); el procedimiento para obtenerlo se mantuvo secreto por mucho tiempo; en 1720, el Gobierno francés compró este secreto y se encontraron posteriormente varias maneras de fabricarlo. Es un expectorante eficaz en las enfermedades del pulmón. Este remedio está casi relegado al olvido por los médicos, en Chile y en todas partes; es todavía una de las medicinas reglamentarias que se suministran en los buques de la Armada.

El *Tártaro emético* es un tártaro doble de potasa y de antimonio, descubierto en 1631, vomitivo al interior y cáustico en pomada o en emplastos. Es la más importante sal antimonial, la que más se empleó, y es también la que causó el mayor número de envenenamientos, pues es sumamente tóxica, mientras que las demás sales antimoniales son casi inocuas. Está corriendo hoy la misma suerte que los demás derivados del antimonio.

El *régulo de antimonio* es el metal mismo que se usaba mucho antiguamente y bajo distintas formas. Durante mucho tiempo se emplearon bolitas de antimonio como purgante; bastaba para conseguir este efecto que el enfermo tragara una de estas bolitas y como salían casi intactas, servían pa-

ra el uso antedicho a toda una familia y formaban parte de la herencia que los padres dejaban a los hijos: eran las píldoras eternas (*pilulae aeternae*).

Con una aleación de antimonio y de estaño se hacían tacitas, llamadas *pocula emetica*, en las cuales se dejaba vino algún tiempo, tomándolo como vomitivo después. Este efecto se debía a una pequeña cantidad de tártaro emético que se formaba al contacto del antimonio con los tártaros del vino.

A mediados del siglo pasado el doctor TROUSSEAU trató de renovar la medicación antimomial y recetó el antimonio pulverizado contra la pulmonía y el reumatismo.

El antimonio fué descubierto por un fraile benedictino de Erfurt (Prusia), *Basilio Valentin*, nombre que se cree un seudónimo que se debe interpretar por βασιλευς, rey y *valens*, poderoso, para significar alegóricamente el poder de la alquimia o las propiedades maravillosas del régulo. Este alquimista descubrió además el ácido clorhídrico, sacó alcohol de la cerveza y del vino por la destilación y el cobre de su pinta sulfurosa.

Según una leyenda, Basilio Valentín dió antimonio a unos cuantos compañeros suyos para engordarlos, tratamiento que les resultó funesto, de ahí vendría el nombre que se dió a este metal. La obra principal de Basilio Valentín está intitulada «*Currus triumphalis antimonii*»; en ella enaltece las virtudes medicinales del régulo. Desde esa época se emplea en gran escala en terapéutica y hasta se abusó de este remedio en tal forma que se produjeron numerosos envenenamientos, debido a que contenía, así como sus diferentes sales, una regular cantidad de arsénico, del cual no se sabía entonces separarlo. Se levantaron ardorosas controversias sobre la utilidad de este medicamento, que fué objeto varias veces de prohibiciones por parte de las facultades y de los gobiernos, para ser luego rehabilitado. Para los alquimistas, el antimonio pasó a ser una de las materias primas indispensable para llegar al Gran Arcano, es decir, para hacer la piedra filosofal.

*La manteca de cacao* que se extrae haciendo hervir el fruto del *Theobroma cacao* en agua, tiene numerosas aplicaciones en la farmacia y para el pueblo es un remedio popular.

La *Manteca de Saturno* era un ungüento formado por iguales partes de aceite de olivo y de acetato de plomo.

(*Tarifa*, pág. 6)

Las *confecciones* (de *confectus*, lo que es acabado, perfeccionado) eran medicamentos bastante complejos que se consideraban como perfectos. Hoy no se diferencian estas preparaciones de los electuarios.

La confección de *alkermes* debe su nombre al Kermes, mineral que le servía de base y era el medicamento más activo que contenía; la canela, el sándalo citrino y el coral eran sus otros componentes; algunos farmacópolas, le agregaban antiguamente hojas de oro, ámbar, almizcle y leños odoríferos.

La *confección de jacintos*, era así llamada porque se hizo al principio con la flor de este nombre; después se la suprimió así como varios otros componentes y se la llamó Electuario de Azafrán compuesto; además del azafrán contenía ojos de cangrejos, tierra sellada, dictamo, canela, mirra y sándalo.

La *conserva de anacardina* se hacía con el fruto del anacardo. Es una especie de caoba *Cassuvium occidentale* que se encuentra en casi todas las regiones tropicales; su fruto es una nuez que tiene la forma de un riñón en la cual se encuentra una almendra blanca, cuyo sabor es dulce y agradable, mientras que el pericarpio es duro y contiene un jugo amargo y cáustico, compuesto de un aceite revulsivo, de un ácido, de tanino, de goma y de ácido gálico; por este motivo se emplea mucho en el Brasil para marcar ropa; se usaba antiguamente como epipástico contra las verrugas y en algunas dermatosis. No se usa ya este remedio en alopatía, pero está recetado todavía en homeopatía.

La *conserva de pérsico* se hacía con las flores del árbol de

este nombre que se denomina más frecuentemente durazno, duraznero, melocotonero o albérechiguero. Se le dió equivocadamente el nombre de pérsico porque se creyó mucho tiempo que este árbol era originario de la Persia, pero se sabe hoy que viene de la China. Hay cinco variedades de pérsicos que se diferencian sobre todo por su fruto; en farmacia sirven las flores de estas cinco especies que tienen las mismas propiedades laxativas; se hacía también un jarabe de pérsico, el que se usa todavía algunas veces. Para el pueblo chileno, las flores y el jarabe de durazno son remedios populares; también emplea las hojas en infusión y para aromatizar el mate.

*Conserva de claveles.*—Hay varias especies de claveles; en la farmacia se usaba el *Dianthus caryophyllus*, que se cultiva en los jardines por la variedad y la hermosura de sus flores con las cuales se hacía la conserva de claveles y varias otras preparaciones; se empleaban como tónicas, estimulantes y sudoríficas.

*Conserva de violetas.*—Para el uso farmacéutico, las violetas simples (*Viola odorata*) son las más estimadas. La conserva de esta flor cayó en desuso, pero la decocción y el jarabe de violetas se recetan todavía a menudo. Este último es en Chile un remedio popular para los niños, ya sea solo, o bien mezclado con jarabe de tolú y jarabe de ipecacuana. Como todos los jarabes, el de violeta se conserva mal y por otra parte el farmacéutico no puede calcular exactamente la cantidad que ha de preparar para todo el año, ya que dicho jarabe debe hacerse con las flores frescas que se cosechan sólo durante un corto período del año, por lo que se ve frecuentemente obligado a echar mano a un jarabe que tiene de violetas tan sólo el nombre y es el que se expende en general al detalle.

Las flores de violetas contienen esencia, fierro, azúcar, un ácido colorado y un ácido blanco y, por fin, una substancia colorante; pueden, pues, las preparaciones de violetas prestar útiles servicios; la infusión y el jarabe sirven también de reactivo en los laboratorios, y lo que pocas personas saben, es que las emanaciones de las violetas en un recinto cerrado

son tóxicas y pueden dar lugar a accidentes que simulan la apoplejía.

Hoy no se hacen las *cataplasmas* en los boticas; son remedios caseros que todo el mundo sabe preparar, pero un siglo ha, a juzgar por la Tarifa de 1813, eran preparaciones oficinales; de otra manera no se comprendería que se hayan cotizado. En la forma, estos medicamentos se han transformado muchísimo; algunos doctores propusieron, unos treinta años atrás, reemplazar las cataplasmas de linaza por algodón empapado en un líquido mucilaginoso, que se obtiene haciendo hervir ciertas plantas marinas y haciéndolo secar en seguida. Basta después mojar este algodón en agua caliente para obtener instantáneamente una cataplasma cuyo uso es cómodo y aseado. Se encuentra hoy, en todas las boticas, preparaciones de este género que los médicos y los enfermos prefieren a las antiguas cataplasmas.

La *cataplasma emoliente* es la de linaza molida; agregándole laúदानo se obtiene la cataplasma anodina.

(*Tarifa, pág. 7*)

*Cataplasma de nido de golondrina.*—Hay varias especies de golondrinas y se encuentran en casi todos los países de la tierra. La hembra construye un nido cuya forma varía según la especie a que pertenece, pero está hecho con tierra que el ave amasa con un líquido viscoso secretado por sus glándulas salivales.

El *cinabrio*, inusitado hoy como remedio, es un sulfuro rojo de Mercurio que se encuentra en abundancia en Italia y sobre todo en España de donde se saca la mayor parte del azogue que las industrias necesitan. El nombre de cinabrio nos viene por el latín del griego y significa sangre de dragón. Este mineral era conocido desde la más remota antigüedad por los egipcios que lo empleaban ya en la pintura.

Los honores del triunfo se tributaban en Roma exclusiva-

mente a los generales victoriosos y los agraciados subían al Capitolio con el cuerpo pintado con cinabrio por ser el color rojo el de Marte, dios de la guerra. Las elegantes damas romanas tenían también la costumbre de emplear el cinabrio para avivar el color de sus labios. Se le daba el nombre de *minium*; al parecer, este último sirvió para designar varios productos distintos de color rojo; más tarde se aplicó únicamente al óxido de plomo.

Después del cinabrio, se encuentra en la Tarifa un *colirio blanco* y a renglón seguido:

Nativo preparado.. 2 id.

Artificial..... 1 id.

vocablos que no parecen tener relación alguna con el colirio, pues no se comprende lo que podría ser un colirio nativo o uno artificial. Aquí hubo sin duda una transposición involuntaria del autor o del tipógrafo; estos adjetivos se relacionan con el cinabrio y se debe entender que se trata del

Cinabrio nativo preparado y del  
Cinabrio artificial.

El primero es muy conocido con el nombre de «bermellón» y el autor del Arancel podría haberlo usado para designar este producto y no lo hizo tal vez porque creyó traducir el texto con más propiedad o porque este vocablo le pareció demasiado popular. El latín clásico no tenía en efecto palabra correspondiente a bermellón; en el latín popular se encontraba la palabra *vermilion* y a ella se debe imputar el origen de bermejo y de bermellón. En los escritos de San Jerónimo (350 años P. C.) se encuentra por primera vez *vermiculus* con el sentido de colorado, a causa, según se cree, del color de un pequeño insecto muy común: la coccinela.

El *Azafrán de Marte aperitivo* es químicamente el sesquióxido de hierro hidratado, cuyo color es rojo oscuro; es as-

tringente, tónico y emenagogo. En Chile es un tónico popular que se llama sencillamente: «polvo de fierro».

El *Azafrán de Marte astringente* es el sesquióxido de fierro anhidro que se obtiene calcinando el anterior.

*Cocimientos*.—La mayor parte de los cocimientos enumerados en el Arancel de 1813 han desaparecido de los formularios modernos; es una forma medicamentosa casi abandonada porque se reconoció que tiene el inconveniente de alterar o de modificar las propiedades medicales de los cuerpos.

El *cocimiento blanco de Sydenham* se prepara haciendo hervir cuerno de ciervo calcinado con agua y miga de pan, se le agrega después goma arábica, azúcar y agua de azahar. Esta fórmula varía según las farmacopeas; algunas suprimen la goma y otras la miga de pan. Este remedio se empleaba en las enfermedades de los niños y lo he visto recetar algunas veces en Chile.

(*Tarifa*, pág. 8)

La *tormentilla* que se agregaba a este cocimiento es una pequeña planta común en las selvas de Europa; su raíz contiene 17 % de tanino, varios ácidos, goma y una materia colorante análoga a la de la ratania; es astringente y se usaba en las diarreas, en las disenterías crónicas, en las hemorragias y en las fiebres intermitentes; entra en el diascordio y en la teriaca.

El origen del *cocimiento bezoárdico*, así como el de los bálsamos de este nombre, ya sea mineral, ya sea animal, es bastante curioso y algo difícil de comprender, dadas las ideas que hoy tenemos sobre las ciencias medicales. Es menester recordar que antiguamente la química no existía, (había solamente alquimistas) y que los que querían ejercer la medicina, después de unos estudios muy superficiales, compraban su título.

La introducción de los bálsamos bezoárdicos en la terapéutica se debe a una equivocación por parte de los médicos me-

dioevales, análoga a la que he señalado a propósito de los bálsamos asufrados.

El séptimo y último arcano de los alquimistas era el *pulvis solaris ruber* y el *pulvis solaris niger*.

El primero era químicamente el óxido rojo de mercurio, hydrargyrum oxydatum rubrum; y el segundo era el sulfuro de antimonio, stibium sulfuratum nigrum. Los alquimistas dieron a estas sales el nombre equívoco de bezoardicum, bezoardicum minerale y bezoardicum salare para ocultar con más seguridad su verdadera naturaleza y dieron además a los médicos fórmulas completamente antojadizas de supuestos bálsamos bezoárdicos y es así como hubo un bálsamo bezoárdico simple que se hacía con serpientes y un bezoárdico animal compuesto que era una mezcla de ruda, de raíces de valeriana, de angélica y de pimpinela con las consabidas serpientes; estos fueron el punto de partida y el modelo de todos los bálsamos bezoárdicos que adornaron las farmacopeas de antaño.

(Tarifa, pág. 9)

Los *electuarios* (del griego *ekleikton* lo que se lame, se deja disolver en la boca) eran medicamentos que se consideraban como perfectos y en los cuales tenían los antiguos una fe ciega como lo atestiguan los nombres de santo, bendito, católico (universal) con que los bautizaron. Algunos de ellos se emplean todavía, entre otros el diascordio y la teriaca, pero raras veces.

El electuario *benedicta* es el electuario o confección de escamonea; a esta resina debía su propiedad laxativa.

El electuario *diacatólico* (de *διά*, por, y *catholicum*, universal) era un electuario de ruibarbo compuesto, purgante como el anterior.

El electuario *diascordio* tiene propiedades opuestas a los de los dos primeros, es astringente. Su principal componente son las flores de camedrio (*Teucrium scordium*) de donde deriva el nombre que se le dió: *διά*, por, y *scordium*.

La *teriac* es un electuario cuya fórmula se debe a Galeno y fué adoptada por todas las farmacopeas, pero con muchas simplificaciones. La fórmula primitiva que tenía más de sesenta sustancias, tiene diez en las farmacopeas de Baviera y de Hamburgo, y solamente 5 o 6 en las de Londres y de Amsterdam. Este electuario, tan olvidado hoy, tuvo sus días de fama y de celebridad: se escribieron sobre él tratados especiales y hasta un poema. Venecia tuvo durante mucho tiempo el monopolio de su fabricación, de donde vino el nombre de *triac de Venecia* que se le dió y que se encuentra en nuestra tarifa más adelante, siendo la *triac magna* una variedad de ella. Se fabricó después en varias ciudades, París, Madrid, Nápoles, etc., y siguiendo el ejemplo de Venecia, se acostumbraba prepararla en determinado día del año con gran pompa y solemnidad.

El *Philonium romanum* era una especie de triaca. *Hierapicra*, de ἱερός, santo y πικρός, amargo, es decir amargo santo, es un electuario de áloe compuesto, purgante como el de benedicta y el católico.

El *electuario Hamac* es otro purgante que no difiere esencialmente de los precedentes, contiene como ellos ruibarbo, sen, anís, ciruelas, etc. . .

El *elixir de propiedad de Paracelso* era una tintura hecha con áloe, mirra y azafrán; a este elixir se le agregaba algunas veces ácido acético o ácido sulfúrico.

El *elixir de la salud* era una tintura de sen aromática y el *elixir mayor de la vida* era otra tintura de áloe y teriac; todas estas preparaciones son purgantes.

No debe extrañar la gran cantidad de purgantes y laxativos enumerados en el arancel de 1813; en épocas pasadas, los médicos solían tratar todas las enfermedades, cualesquiera que fuesen, con purgantes y enemas, y en todos los casos éstos eran los primeros remedios que recetaban.

Todo el mundo sabe en qué consisten los *emplastos*: un pedazo de tela o de papel sobre el cual está extendida una sus-

tancia medicamentosa; son de uso corriente; créo pues inútil hacer hincapié sobre sus explicaciones.

Salvo cuatro o cinco emplastos, los que están cotizados en la tarifa de 1813, han desaparecido, si no de los formularios, a lo menos de la farmacia.

La preparación de estos remedios ha cambiado también muchísimo. Antes el farmacéutico se veía en la necesidad de prepararlos: hacía con las sustancias requeridas magdaleones de los cuales sacaba en el momento de despachar los emplastos en la cantidad necesaria que extendía sobre tela o sobre papel con una espátula caliente. Hoy, grandes fábricas hacen los esparadrapos a máquina y los entregan listos para el consumo; por este motivo, su precio se calcula ahora según su tamaño y no según su peso como en nuestro arancel.

Hablaré aquí tan solo de los parches que presentan alguna particularidad digna de interés.

(Tarifa, pág. 10)

El parche *contra rotura* se hacía con bol de Armenia que le daba un color rojizo.

El bol de Armenia es una especie de arcilla que se importaba antes de Persia y de Armenia, después se encontró en varios países de Europa. Esta arcilla tiene un hermoso color rojo que debe al peróxido de hierro.

El confortativo, que el pueblo llama *confortativo de aire*, es un parche de óxido de hierro, que tiene el mismo color que el anterior y cuya composición y por consiguiente cuyos efectos son idénticos al parche contra rotura. Hoy es aquel parche que se expende en las boticas con estos dos nombres; son muy populares y tienen mucha demanda en Chile.

En lugar de *Facamaca*, se debe leer Tacama; ésta es una resina que se extrae de varias especies de *Calophyllum*, que se encuentran en América, en la India y en algunas islas del Océano Indico. Ya hemos visto una de estas resinas designada por el nombre de bálsamo (bálsamo de María); más ade-

lante; la *Tacamaca* está mencionada bajo la rúbrica de goma, lo que indica que hace cien años no se conocía la verdadera naturaleza de estos productos. Supongo que lo que se designa aquí con el nombre de Tacama, sea la resina que viene de la India, pues según su procedencia, su olor y su color difiere un poco.

Para el *parche de rana*, véase *Drogas antiguas*, pág. 9.

El *diaquilon* engomado está muy usado todavía como re-solutivo; está hecho con litargirio, aceite, manteca, trementina, goma, amoníaco y gálbano. En vista de que la absorción de la sal de plomo puede ser peligrosa, se trató, pero sin éxito, de reemplazarlo por una sal de zinc; sin embargo, contiene un poco de sulfato de zinc, pero conjuntamente con el litargirio.

Antes de conocer la composición de este parche, cualquiera podría creer que está hecho con jugos vegetales, según la etimología de su nombre (*διά*, con, y *χυλός*, jugo). Al principio se le agregaban en efecto hojas de roble; se suprimieron después, pero le quedó el nombre de diaquilón.

(*Tarifa*, pág. 11)

El emplasto *estomacón* era un parche que se aplicaba en la boca del estómago como tónico; contenía cera, resina, trementina, incienso, benjuí, esencias de nuez moscada, de menta y de clavos.

Este parche desapareció poco ha de la medicina popular y algunos chilenos se acuerdan todavía de él; se le dió como a muchas otras medicinas usos a que no estaba destinado y no faltaron mujeres que selo aplicaban sobre el abdomen... para tener familia!

Los *extractos* cotizados en el Arancel de 1813 no presentan particularidad alguna digna de interés.

Salvo unos cuantos, se emplean hoy todavía; la preparación de estos productos ha cambiado mucho, se evaporan y se concentran en el vacío y son más activos que los antiguos.

(*Tarifa, pág. 12*)

Haré alto solamente sobre el extracto de *Centaurea*, aunque inusitado, a causa de su nombre que nos trae a la memoria recuerdos mitológicos.

Los centauros eran personajes fabulosos, mitad hombres y mitad caballos. Chiron, el más célebre de ellos por haber sido el preceptor de Aquiles, fué el que, según la leyenda, descubrió las propiedades medicinales de la yerba que lleva su nombre—*Chironia centaurium*—; es eficaz contra la ictericia, los cólicos, las fiebres biliosas, la gota, el escorbuto y las lombrices.

Chile tiene también su centaurea muy usada por el pueblo. Es la *cachanlagua*—*Chironia chilensis*—que se asemeja mucho a la centaurea europea, pero cuyas propiedades son más enérgicas; son muchos los que creen aquí que esta planta *adelgaza la sangre* (?).

(*Tarifa, pág. 13*)

Las flores de *hipericón* (*Hypericum perforatum*) sirven hoy únicamente para hacer la tintura balsámica que se llama también «bálsamo del comendador».

Las flores de *Alhucema* (*Lavandula vera*) sirven en la farmacia para hacer unas tinturas, y su esencia entra en varias preparaciones; están empleadas en fumigaciones por el pueblo.

Las flores de *stecados* (*Lavandula stoechchos*) provienen de una variedad de lavándula; se usaban en las gastralgias y el catarro pulmonar; servían para hacer varios jarabes y el *mitridato*.

Las flores y las *cabezas de amapolas* son en Chile remedios populares para hacer dormir a los niños de corta edad. Esta costumbre debe haber sido tomada por los españoles a los

moros que la tienen todavía, según creo. Hace algunos años, Buenos Aires se vió invadida por un gran número de mujeres de origen sirio o árabe, que se dedicaban a pedir la limosna en las calles con un niño dormido en los brazos; se comprobó y los diarios denunciaron el hecho, de que estos niños estaban siempre bajo la acción somnífica de la amapola.

El *saúco* y la *flor de azufre* son remedios populares en Chile y.. en todas partes; por eso callaré lo que todo el mundo sabe sobre estos dos medicamentos y paso a disertar sobre la *harina de habas*.

El pueblo de Chile, en nuestro siglo XX, intenta todavía emplear la harina de habas; digo *intenta* porque los boticarios modernos no se preocupan mucho, ni poco, procurarse la legítima harina de habas, y cuando venden algo con este nombre, resulta almidón o harina de trigo. Sin embargo, he conocido a un farmacéutico muy escrupuloso que agregaba al almidón un poco de cúrcuma pulverizada, para darle un color que corresponda en cuánto sea posible al que debe tener la legítima harina de habas. Se usa dicha harina en cataplasmas sobre tumores venéreos; diz que es un soberano remedio en estos casos, y yo pienso que esta creencia es una soberana superstición cuya historia vale la pena narrar, porque me parece que Chile es uno de los pocos países donde queda todavía la fe en este medicamento, fe que se va extinguiendo después de tener luengos siglos de existencia.

Debemos, en efecto, esta creencia al autor de la tabla de multiplicar, y él debe de haberla importado de Egipto donde residió varios años para perfeccionar sus estudios, pues es sabido el sinnúmero de ideas religiosas—iba a decir irreligiosas—que abrigaban los egipcios hacia las cebollas, los pepinos, las lentejas, los bueyes, gatos, cocodrilos y demás legumbres y animales.

De vuelta a su patria, Pitágoras fundó la escuela filosófica que lleva su nombre, y era un requisito *sine qua non*, para ser admitido a conocer los últimos secretos de su doctrina, guardar el silencio durante cinco años y seguir cierto régimen

alimenticio del que, entre otras cosas, estaban excluidas las habas.

Esta prohibición del célebre filósofo ha sido bastante discutida por varios autores de mérito. Hipócrates (De la dieta), Cicerón (De Divinatione) y Clemente de Alejandría, sostienen que se debe a los flatos y otros efectos nocivos que las habas producen. Luciano en sus diálogos (Dial. XLV) se burla de Pitágoras, de su metempsicosis y de sus habas, pero como Luciano era mofador de oficio, es difícil saber si se burla de sus lectores o de Pitágoras.

Algunos creyeron que Pitágoras quiso decir alegóricamente a sus discípulos que no se mezclaran en cuestiones políticas, porque en Grecia se votaba con habas blancas y negras.

Aristóteles (apud Diogen. Laerte), Yámblico (Vit. Pyth.) y Porfirio (Vit. Pyth.) dan, sin embargo, a entender que el voto pitagórico se relaciona con un misterio de la naturaleza, pero sin descorrer el velo que cubre dicho misterio, y habría quizás permanecido siempre ignorado, si el mismo Pitágoras no hubiera dejado sobre este punto una explicación que nos permitió llegar a saber la verdad: En efecto, no se debe comer habas—es Pitágoras el que habla—porque sus flores están signadas por las puertas del infierno. Hasta aquí solamente llega la explicación del maestro, hay que desenredar la madeja, o dar al traste con la enseñanza pitagórica, y es para dar jaqueca a cualquier Edipo:

La flor de la haba dibuja más o menos bien, más mal que bien, el órgano sexual de la mujer, el cual es la puerta por donde las almas caen en el infierno de la materia.

*Fiat lux*, luego la harina de habas debe ser un buen remedio en caso de tumores venéreos. Tal es a lo menos el raciocinio que ha hecho seguramente el primer médico o curandero que recetó esta harina. El pueblo chileno trata siempre de usarla como medicamento, pero come las habas; lo propio no sucede en todas partes, porque, contrariamente al refrán, conozco comarcas donde no se cuecen habas; pues, en casi todos los países de Europa existen sobre esta legumbre creen-

cias análogas, derivadas todas de la prohibición hecha por Pitágoras veinte y cinco siglos há.

(NOTA. Los coptos creían que las manchas negras de la flor de la haba representaban las puertas de la muerte. En su idioma *rô* designaba una haba y una puerta).

Las *flores de balaustria* (Tarifa, pág. 12) son las del arbusto más conocido bajo el nombre de granado. Se empleaban como astringentes. En Chile el pueblo usa la corteza del fruto que es tan o más astringente que las flores, porque contiene una gran cantidad de tanino y se emplean para curtir ciertos cueros muy estimados en el comercio. También he visto emplear en Chile esta corteza como tenifugo por personas que tal vez ignoraban que la raíz y la corteza del tronco son las únicas partes del granado donde se encuentra el alcaloide tenifugo.

Una planta parásita ha invadido a Chile hace algunos años y ha sembrado no poca alarma entre los agricultores; es la temible *Cuscuta epithimum* cuyas flores figuran en el Arancel de 1813. Se empleaban hace cien años como laxativas, diuréticas, antigotosas y aperitivas. Hay varias especies de *cuscuta*: una de ella, la *cuscuta racemosa*, se usa en el Brasil contra la laringitis y la hemoptisis. Como se ve, de una cosa mala se puede muchas veces sacar algo bueno.

Los frutos de *coloquintidas* provienen del *Cucumis colocynthis* que crece en el Asia Menor y en Africa; los griegos y los romanos la conocían con el nombre de *Κολοκυνθίς* (*κόλον* = el colon); pues es un purgante drástico muy enérgico. Está recetado a menudo por los médicos, pero no tiene uso popular en Chile. En algunas provincias de Francia, los obreros los emplean macerados en vino contra la gonorrea.

Los árabes dan una maceración de *coloquintidas* a las personas que han sido mordidas por víboras.

La *cañafistula* es el fruto del árbol del mismo nombre; casi no se usa en la farmacia y quedó como remedio popular. Se da como purgante suave a los niños; esta costumbre

viene sin duda de la antigua metrópolis, pues la cañafistula fué introducida en la terapéutica por los árabes.

Las bayas de *junípero* son el fruto de *juniperus vulgaris*, arbusto común en la mayor parte de Europa. Antes de llegar a su completa madurez contienen un aceite volátil que les da su olor y su sabor peculiar; pero cuando han madurado, esta esencia se vuelve resina; el fruto se asemeja entonces a un voluminoso grano de pimienta y es bajo esta forma como se encuentra en las boticas de Chile donde se usa algunas veces en infusión o para preparar el vino Trouseau. En algunos países septentrionales de Europa se hace un aguardiente con estas bayas y en otros es un condimento que se agrega al repollo en conserva.

La resina de *junípero* que se menciona en nuestra tarifa (pág. 15) con la denominación impropia de *goma*, se extrae del tronco del arbusto, cuya madera es dura y colorada, por lo que se emplea en la ebanistería para hacer incrustaciones. Dicese que es sudorífico y antisifilítico.

Los frutos de *yuyubas*, llamados también azufaifas son producidos por el *Zizyphus sativa*, arbusto espinoso que crece en el sur de Europa y en Africa. Estos frutos fueron empleados desde antiguo por los árabes y formaban parte de varias preparaciones farmacéuticas en calidad de pectoral. Se encuentra todavía pasta de yuyubas en las bóticas; es un remedio popular contra la tos.

Los frutos de *mirobolanos citrinos* se empleaban como purgante; hoy sirven solamente en la tintorería.

Salvo unas pocas sustancias, la mayor parte de las enumeradas bajo la G, en el Arancel de 1813, están usadas todavía y pocas son las que tienen alguna particularidad que señalar.

La supuesta *goma de ánima* es en realidad una resina que exuda del tronco del *Hymenoea curbaril*, árbol que abunda en el Brasil y en las Antillas donde se llama *Faroba*; servía para hacer emplastos y pomadas y en la industria para fabri-

car barnices. Los brasileros la emplean contra las enfermedades del pulmón.

(*Tarifa*, pág. 15)

El *opoponaco* es una gomo-rresina aromática que fluye del *Pastinaca opoponax*; la mejor clase se importa de Turquía y de la India. Se usa hoy exclusivamente en la perfumería; antes se administraba como expectorante en el asma, en la histeria y en las afecciones crónicas de los intestinos; se abandonó su uso con razón, pues sus efectos terapéuticos son casi nulos.

La *sarcocola* es otra gomo-rresina que exuda de varios arbustos originarios de la Persia, de la Arabia y de la India. Se la creía buena para pegar las carnes, lo que le valió su nombre (σάρξ, carne, y κόλλα, cola). Los árabes la emplean como purgante.

El Arancel de 1813 menciona además del *sucino blanco*, píldoras, polvos, aceite y espíritu de sucino; éste era, pues, un medicamento muy usado antiguamente. Hoy si se encuentra sucino en alguna botica, es bajo la forma de collares, porque subsiste siempre la supersticiosa fe en estos collares como profilácticos contra las convulsiones de los niños y para favorecer la dentición. Por Plinio sabemos que las campesinas de Italia llevaban collares de sucino para preservarse de las enfermedades de la garganta; esta superstición cuenta, pues, con bastantes siglos de existencia.

Estos collares se hacen, en general, con sucino amarillo; el sucino blanco es una variedad del mismo; ambas son una resina fósil que se supone haber sido un bálsamo que ha exudado espontáneamente de algunos árboles, coníferos o terebináceos de las épocas cretáceas y terciarias.

Se encuentra esta resina en la tierra o en el fondo del océano, pero se recoge principalmente a orillas del mar donde las olas la arrojan, sobre todo en Koenigsberg, en Danzig, en Catania en Sicilia, en Maryland, en New-Jersey y en Australia.

Sometido a la destilación, el succino da tres productos: el ácido succínico o sal volátil de succino; el espíritu de succino y el aceite volátil de succino; se recetaban estos diferentes productos como tónicos, antiespasmódicos, en la histeria, las convulsiones, etc.

La *goma tragacanto* proviene de una leguminosa, *Astragalus gummifer*; tiene numerosas aplicaciones en las oficinas farmacéuticas; en Chile las lavanderías la usan para el aplanchado de los cuellos, de los puños y de las pecheras de las camisas.

La *jalea de cuerno de ciervo* se obtiene haciendo hervir cuerno de ciervo raspado con agua y agregando después azúcar. Esta preparación era costosa y no podía producir efectos muy apreciables; además del agua, del azúcar y de la gelatina contenía una cantidad homeopática de fosfato de cal, pero antes que la experiencia nos hubiera enseñado que la gelatina tenía muy escaso poder alimenticio, se creía que estas jaleas eran tónicos poderosos. Esta creencia ha sido conservada por el pueblo chileno que sigue haciendo hervir huesos con una fe inquebrantable. Vendedores ambulantes espandan la jalea así obtenida, azucarada, aromatizada y batida para darle un color blanquizco en algunas estaciones; y no faltan viajeros crédulos para comprar esta mezcolanza como viático contra las fatigas del viaje. Es la *sustancia de ave*, por supuesto, que sospecho sea extraída de un paquete de gelatina comprado en cualquier almacén de provisiones, porque de ave tiene tan solo clara de huevo batido... y no mucha.

Los *glóbulos marciales* son unas bolitas preparadas con limadura de hierro, crémor tártaro y un cocimiento de plantas vulnerarias; era un remedio popular contra las contusiones. Se ponían estas bolitas en agua hasta que hubiera adquirido un color amarillento y se aplicaba en compresas. He visto estos glóbulos marciales en algunas boticas, cubiertos por una venerable capa de polvo, lo que me hizo suponer

que estaban allí olvidados desde un número considerable de años.

(*Tarifa, pág. 16*)

Según nuestro Arancel, hace un siglo, se empleaban *caldos de víboras*, sal y trociscos de las mismas, también formaban parte de la triaca y se hacían con ellas pociones, aceites, etcétera... era por consiguiente un remedio muy recetado y sin duda muy apreciado. En aquel tiempo se conservaban víboras vivas en las boticas y en los hospitales, porque no podía faltar tan precioso medicamento cuyas maravillosas propiedades no estaban puestas en duda por nadie. Se creía por ejemplo, y formalmente, que una cabeza de víbora colocada sobre el estómago de un niño curaba las convulsiones, y otras patrañas de la misma calaña.

Este remedio tiene un origen parecido al de los bálsamos azufrados y bezoárdicos.

Los sabios de la antigüedad y de la Edad Media creían en un fluido universal que llena el universo, es el alma del mundo, es un receptáculo de donde todo sale y a donde todo vuelve; lo concebían como una fuerza polarizada como la electricidad y al mismo tiempo como una substancia, la una inseparablemente unida a la otra. Este fluido aunque idéntico a sí mismo en el fondo, se diversifica según los medios que atraviesa, es humano en el hombre, animal en los animales, mineral con los minerales, etc.; en relación con nuestro planeta y considerado en globo, es el alma de la tierra que fué simbolizada en la mitología griega por la serpiente Pitón que se decía hijo de la Tierra y que Apolo atravesó con sus flechas, es decir, que el sol fija con sus rayos este fluido sobre la tierra. Las adivinas del templo de Delfos se llamaban pitonisas porque leían el porvenir en este fluido universal que contiene todo lo que ha sido y todo lo que ha de ser. Se representaba a Mercurio con un caduceo formado por dos serpientes enroscadas alrededor de una varilla, porque la ciencia debe domi-

nar y utilizar este fluido. El caduceo fué también un atributo del Dios de la Medicina, Esculapio, porque según las teorías antiguas, es por intermedio de este fluido universal que el médico debe sanar las enfermedades. Los alquimistas adoptaron esta teoría del fluido universal y su representación alegórica, y pretendían que este fluido era la materia prima indispensable para hacer la piedra filosofal, el elixir de larga vida y la panacea universal. Los médicos medioevales, cuya candidez corría pareja con su ignorancia, tomaron el símbolo por la cosa misma y recetaron serpientes. El empleo de las víboras de preferencia a cualquier otra especie de ofidios se debe, sin duda, a las dos fajas negras en forma de V que tienen sobre la cabeza, y a los ziszás del mismo color que llevan sobre el lomo, en los cuales se ha creído ver la signatura de las dos fuerzas que animan al fluido universal y la de su modo de obrar que se suponía análogo al de la electricidad.

Descartando las historias de serpientes y demás cuentos alegóricos con que los antiguos adornaron su teoría del fluido universal, se ve que éste corresponde exactamente a lo que llamamos hoy el éter, este fluido imponderable que llena el Universo y sin la existencia del cual no podríamos comprender ni explicar fenómeno alguno, por cuya razón, como lo observa el doctor Le Bon, muchos sabios consideran su existencia como más cierta que la de la materia misma. (véase *l'Évolution de la Matière*) y no se discute actualmente si el éter existe o no, sino sobre sus propiedades, de las cuales es difícil darnos una cuenta aproximada por falta de medios de comparación ya que se trata de un cuerpo desconocido.

(Tarifa, pág. 17)

De todos los *leños* enumerados en la tarifa de 1913, sólo el *Visco quercino* merece detenernos. Nadie hoy día recuerda quizás en Chile este vegetal que evoca en nuestra mente ex-

trañas ceremonias, celebradas muchos siglos antes de nuestra era, en las sombrías selvas de la Bretaña y de las Galias.

Se trata en efecto del muérdago (*viscum*, del cual se deriva, porque se saca de sus hojas una especie de liga), planta parásita que crece sobre los robles (*quercus*), el árbol sagrado de los Druidas. Era para ellos, el muérdago una planta mística, el símbolo de la resurrección a causa de su perenne follaje; y en su terapéutica desempeñaba el papel de panacea. Por eso, los druidas lo cosechaban con toda solemnidad, cortándolo con una hoz de oro, en una época astronómica determinada que correspondía más o menos al día de Navidad de los cristianos. Por tradición se conservó la costumbre druídica en algunas partes de Inglaterra, donde el *mistletoe* es para muchas familias un indispensable adorno del *home*, durante las fiestas de *Christmas*.

El muérdago se preconizó antiguamente como antiepiléptico y antiespasmódico, propiedades que no tiene. Sin embargo, la fama terapéutica del muérdago ha de tener algún fundamento; el empleo de esta planta por los celtas remonta a una época que no podemos precisar por falta de documentos históricos; pero se puede suponer que este pueblo ya existía y estaba organizado 1,000 o 1,500 años A. J. C., más o menos, tal como César lo ha conocido y someramente descrito, y una hipótesis muy verosímil es que los celtas que habitaban una comarca cubierta en su mayor parte por espesas selvas, hacían de las bellotas su principal alimento.

El cultivo del trigo practicado desde antiguo en el Asia Menor y en Egipto, parece haberse extendido bastante tarde en Europa. Plinio dijo: *Ceres frumenta invenit, cum antea glande vescerentur*. Se recordaba, pues, todavía en Italia la época en que las bellotas hacían las veces de cereal.

Ahora bien, todos los pueblos agrícolas de la tierra han celebrado las mieses con fiestas profanas y religiosas que existen todavía entre nosotros y aun los pueblos semisalvajes veneran el árbol o la planta que les reporta los mejores beneficios a su modo de ver; no es, pues, aventurado suponer que

por una razón análoga, el roble haya sido considerado por los celtas como un árbol sagrado y que aprovechando esta circunstancia, los sacerdotes hayan hecho creer al pueblo que la planta parásita que crecía sobre el roble era un soberano remedio para toda clase de enfermedades y que hayan inventado un rito para monopolizar su expendio y para cobrar algún impuesto sobre la cosecha de bellotas. El nombre de druidas que estos sacerdotes se daban parece venir en apoyo de esta tesis.

Varias especies de robles dan bellotas comestibles, con las cuales se hacen harinas alimenticias. En España está muy difundido el uso del café de bellotas, pero el muérdago como remedio ha caído en el olvido.

Unos cuantos años há, un médico, el Dr. René Gaultier intentó infructuosamente rehabilitar el muérdago. Había notado que en dos enfermos de tisis, los esputos de sangre habían cesado después de haber tomado una poción que les había suministrado una yerbatera, y llegó a saber que era un cocimiento de muérdago.

En vista de esto, el doctor Gaultier hizo preparar un extracto etéreo con dicha planta y lo recetó en píldoras a varias personas atacadas de hemoptisis, parándose en todos los casos los esputos de sangre. Al mismo tiempo pudo notar en los enfermos una aceleración de los movimientos cardíacos y un descenso de la presión arterial, de manera que hoy no se puede dudar de las propiedades hemostáticas del muérdago.

Esta planta se encuentra hoy frecuentemente sobre los robles del Canadá y de los Estados Unidos, pero se ve raras veces sobre los del antiguo continente; allí es más común sobre los peros, manzanos y otros árboles frutales, pero para los druidas el visco quercino era el único medicinal, de modo que si volviesen hoy a predicar su doctrina, tendrían que emigrar al Nuevo Mundo con sus lenguas barbas, sus sayas blancas y sus hoces de oro.

La *pedra calaminar* es un carbonato de zinc natural; se

empleaba como astringente y como secante, en polvo o en pomada; este mineral contiene siempre tierra y otras impurezas, por lo que se abandonó su uso con razón.

El *hematites* es un mineral de sesquióxido de hierro, de un color rojo, astringente. Se hacían con él anillos a los cuales se atribuían propiedades hemostáticas; se creía también antiguamente que era un buen remedio contra las enfermedades de los ojos y del hígado y que sanaban las heridas producidas por armas blancas.

El *jacinto* tenía fama de ser bueno contra la hidropesía y la peste y para combatir el insomnio.

La piedra *medicamentosa* servía contra las úlceras; se componía de alumbre, cerusa, bol de Armenia, sulfato de zinc y sal amoníaco; se mezclaban estas sustancias con vinagre y se hacían secar. Para el uso se disolvía en agua.

La piedra *magnética* es un óxido de fierro natural que se encuentra en varias partes del mundo; en Suecia y en Noruega, forma este mineral montañas enteras. También existe en Chile, pues he visto óxido magnético que unos mineros habían encontrado en el Norte.

La misteriosa propiedad que el imán ejerce sobre el fierro, hizo que, en los pasados siglos de ignorancia, desempeñara un importante papel en las hechicerías. Se le creía dotado del poder de despertar el amor, de estrechar los lazos de la amistad y de restablecer la paz y la concordia en los matrimonios desunidos. Desde la más remota antigüedad, el imán fué empleado como remedio por los chinos, hindúes, egipcios, caldeos, hebreos, árabes, griegos, romanos, etc.

Aristóteles habla de las numerosas propiedades del imán.

Plinio dice que es bueno contra las enfermedades de la vista.

Dioscórides lo recomienda para hacer evacuar los humores dañinos.

Galeno encomia su acción purgante y su eficacia en la hidropesía.

El uso del imán recomendado sucesivamente por Hali

Abbas, Avicena, Arnaldo de Villanueva, Alberto el Grande y Platearius, fué generalizado por Paracelso que lo aplicó al tratamiento de las enfermedades que consideraba como materiales; en esta categoría entraba la diarrea, las hemorragias, las enfermedades de los ojos, de los oídos y de la nariz, la hidropesía, la ictericia, etc. Cuando los humores brotan al exterior, producen heridas, fistulas y úlceras que requieren todavía el imán. En las afecciones nerviosas, Paracelso recomienda también el imán e indica el modo de aplicarlo tomando en cuenta la polaridad humana, de la que tenía algunas nociones bastante indecisas.

Algunos años más tarde, Van Helmont agregó a todas las propiedades ya enumeradas del imán, la de sanar las heridas, los catarros y la de impedir los abortos, para lo cual recomienda aplicar un imán sobre el ombligo de la paciente; la propiedad atractiva de ésta piedra debía detener el feto o impedir que saliera antes de tiempo.

Patrocinada por semejantes autoridades, la terapéutica magnética tomó gran auge durante la primera mitad del siglo XVII.

Gilbert, médico de la reina Isabel de Inglaterra, dedicó en su libro «De Magnete», un capítulo especial a la terapéutica del imán, al que reconoce una virtud astringente y una acción curativa en las hemorragias.

Los alquimistas de aquella época atribuyeron al imán maravillosas propiedades y echaron mano de cuantos medios tenían a su alcance, para hacer con él distintas preparaciones encaminadas a facilitar y a extender su empleo.

Algunos lo hacían macerar con limadura de acero en las cenizas de ciertas plantas para extraer después lo que Paracelso llamaba «la maná del imán». Otros estaban convencidos de que el imán calcinado y expuesto al sol con azufre adquiriría mayor eficacia. Otros, en fin, lo destilaron para sacar una especie de *mercurio*, cuyas cualidades no eran inferiores a las anteriores preparaciones. Casi todos hicieron magisterios con este mineral. Hasta se usó el imán en mixturas contra

las lombrices, en gargarismos, para el dolor de muelas y se recetó contra la alopecia.

A mediados del siglo XVII se principió a abandonar esta terapéutica magnético-alquimista y los médicos volvieron a las antiguas aplicaciones del imán.

Hasta ahora se había empleado el óxido de fierro magnético, pero a principios del siglo XVIII se inventaron los imanes artificiales hechos con acero, cuyo poder de atracción es mucho mayor y la medicación magnética tomó un nuevo rumbo.

Mesmer, el propagador del magnetismo animal, empleó también el imán de acuerdo con una teoría que había adoptado. Usaba pequeños imanes que tenían una forma adecuada a la parte del cuerpo sobre la que se habían de aplicar. Colocaba, en general, un imán a cada lado del cuerpo; en los vómitos y en los dolores del estómago el imán debía ponerse sobre el corazón y en los cólicos sobre el ombligo. Todos estos imanes se ajustaban directamente sobre la cutis y se llevaban de día y de noche.

Por otra parte, el padre Hell, sabio jesuíta de Viena, estaba estudiando el magnetismo mineral desde el punto de vista físico, cuando una señora que padecía de violentos dolores de estómago vino a pedirle prestado uno de sus mejores imanes para tratar esta dolencia por su medio. Algún tiempo después, esta señora que había sanado de su enfermedad, vino a darle las gracias y devolverle el imán.

El célebre astrónomo quedó asombrado por este hecho y, para hacer experimentos con otros enfermos, hizo fabricar imanes de distintas formas con los cuales logró sanar algunas personas atacadas de parálisis. Una controversia tuvo lugar entonces entre Mesmer y el P. Hell: cada uno reivindicaba para sí la prioridad de estas aplicaciones del imán. Ambos publicaron en los diarios el resultado de sus experiencias y Viena fué el foco de donde se propagó la medicación magnética en Austria y en Alemania, para caer luego en el olvido hasta fines del siglo próximo pasado. En 1877 Charcot

volvió a aplicarlo en el hospital de la Salpêtrière y un poco más tarde los doctores Luys y Encausse descubrieron en el hospital de la Charité la curiosa propiedad que tiene el imán de transplantar las enfermedades.

El *Arsénico* es un veneno muy activo y muy conocido por los numerosos envenenamientos casuales y criminales a que dió lugar. El arsénico metálico no tiene uso en la medicina aunque se conoce desde el siglo VIII de nuestra era y está mencionado en las obras de la mayoría de los alquimistas.

El *Arsénico blanco* de la tarifa de 1813 es el ácido arsenioso que servía frecuentemente en las afecciones crónicas de la piel, en el reumatismo articular, las neuralgias, las fiebres, etc. y como cáustico al exterior. Se emplea hoy especialmente bajo la forma de gránulos dosimétricos.

*Leche de tierra* es el nombre que se daba al carbonato de magnesia. Antes de conocer a qué especie química pertenecía, se confundía antiguamente la cal con la magnesia; la distinción fué hecha por Black en 1745. Este cuerpo es muy abundante en algunos países, pero no se emplea al estado natural; se purifica primero para obtener el carbonato de magnesia que se receta a menudo por los doctores y entra en varias preparaciones y hasta en los llamados «polvos de arroz» tan apreciados en Chile y otras partes, porque los hace adherir mejor a la cara. La magnesia calcinada, o sea el óxido de magnesia que contiene siempre una pequeña cantidad de carbonato de magnesia es en Chile un purgante popular.

La *leche virginal* es una mezcla de agua de rosas con tintura de benjuí; quedó popular en Chile como cosmético.

(Tarifa, pág. 18)

El *maná* es un jugo vegetal concreto y azucarado que fluye de varias especies de fresnos, principalmente del *Fraxinus ornus* y del *Fraxinus rotundifolia*; se recolecta sobre todo en Calabria y en Sicilia. El maná y el manito, especie de azúcar

que de él se extrae, son purgantes muy usados para los niños; los adultos lo emplean también conjuntamente con sen, sal de Inglaterra y tamarindo. El té Hamburgo que goza aquí de tanta fama se compone de sen, maná, coriandro y una pequeña cantidad de ácido tartárico.

En el Arancel de 1813 encontramos ahora lo siguiente:

Mercurio dulce.....	2 reales	dragma
Calomelanos.....	3 id.	id.
Panacea mercurial..	4 id.	id.

Estos tres nombres designan una sola sal, el protocloruro de mercurio. Este cuerpo fué descubierto por los alquimistas; se obtiene el mercurio dulce sublimando el azogue con sublimado corrosivo (Bicloruro de Mercurio); el calomelanos se hacía sublimando mercurio; el dulce, la panacea mercurial eran los calomelanos sublimados. Entonces no existía el análisis químico y se creía que estos cuerpos gozaban de propiedades medicinales que guardaban relaciones con el número de sublimaciones; de allí proviene la diferencia de precios que tienen entre sí. El mercurio dulce se emplea exclusivamente para el uso externo y los calomelanos para el uso interno. Hoy día uno y otro son todavía remedios populares y el que compra mercurio dulce lo destina a la curación de heridas o llagas sifilíticas, mientras que los calomelanos sirven como purgante.

El único protocloruro de mercurio que se encuentra hoy en la farmacia es el que se obtiene por un procedimiento especial de sublimación que da los calomelanos al vapor, y es el que se expende, cualquiera que sea el nombre que le dé el comprador.

El *precipitado rubio* es el bióxido de mercurio conocido en Chile con el nombre de polvos Juanes (Véase *Drogas Antiguas*, pág. 9).

El *precipitado verde* era un producto que se preparaba haciendo disolver separadamente azogue y cobre en ácido ní-

trico, mezclando después las dos soluciones, evaporando, disolviendo el residuo en vinagre y secándolo de nuevo. Se recetaba al interior como emético y para uso externo contra la sífilis; hoy está inusitado.

El *etiope mineral* es el sulfuro negro de mercurio, empleado en las enfermedades escrofulosas.

El *etiope con fuego* que servía en los mismos casos que el anterior era el carbón que provenía de la combustión de una planta marina, el *Fucus vesiculosus*. La eficacia de este remedio se explica por el yodo que esta planta contiene, pero antiguamente se ignoraba esta particularidad, pues el yodo fué descubierto en 1811.

El *magisterio sulfurado* es el azufre precipitado, cuyas propiedades medicinales son más enérgicas que las del azufre sublimado o flor de azufre; se utiliza a menudo el primero en la botica, pero el pueblo usa en general el segundo, solo o con cremor, para *componer la sangre*.

(*Tarifa, pág. 19*)

El *mitridato* era un electuario análogo a la teriaca, se dice que fué inventado por Mitridates, rey del Ponto. Este país tuvo varios reyes de este nombre; se trata aquí de Mitridates VII, alias Eupator, que se había dedicado al estudio de la medicina con el objeto de conocer bien la acción de los venenos y el modo de contrarrestar sus efectos, pues temía constantemente ser víctima de un atentado por parte de los romanos contra los cuales sostuvo tres sangrientas guerras. Vencido al fin, para no caer vivo en manos de sus enemigos, se hizo matar por un soldado galo, porque, dice una leyenda, no pudo envenenarse con el tósigo que llevaba constantemente consigo, del que había conseguido la inmunidad con pequeñas dosis diarias.

En lugar de *Vino ceu sapa*, créo que se debe leer en la tarifa de 1813: *Vino con sapo*; más adelante vemos también cotizados los polvos de sapos, los cuales se recetaban en paciones, píldoras y electuarios.

Emplear sapos como remedio no es tal vez tan descabellado como puede parecer a primera vista. Numerosas propiedades se atribuyeron al cuerpo de estos animales, ninguna de las cuales ha sido debidamente probada por concienzudos experimentos.

El sapo utilizado por la antigua farmacopea es el que pertenece a la especie más común de Europa, el bufo vulgaris. Estos batracios secretan un humor lácteo, o de un color blanco amarillento, espeso, con reacción ácida, por medio de unas glándulas situadas sobre el lomo y al rededor del cuello. Dicese que cuando se irritan estos animales, emiten una orina peligrosa, sin que tengamos pruebas fidedignas de ello; pero no hay duda ninguna acerca del líquido secretado por sus glándulas cutáneas, que es sumamente tóxico. Es a lo menos lo que se desprende de experimentos hechos sobre los animales con este líquido, pero no se conocen los efectos que pueda producir en el hombre; faltan observaciones y datos al respecto; se cree, sin embargo que el veneno del sapo puesto en contacto directamente con la sangre puede causar accidentes mortales.

Un hecho muy cierto es que el sapo sirvió en la antigüedad y sirve todavía para fabricar violentos venenos, y se cree fundadamente que el empleado por la familia Borgia tenía como base principal el líquido secretado por el sapo. Igual procedencia tenía el veneno elaborado por Sainte-Croix, según el célebre proceso de los venenos, bajo el reinado de Luis XIV, en Francia. Ciertos indios de Columbia envenenan sus flechas con el humor extraído de una especie de rana, el *Phyllobates chocoensis*, y es el tósigo más virulento que se conoce, no habiéndosele encontrado ningún antídoto. Entre las esculturas dejadas por los chibchas se encontraron sapos, por lo que se colige que les profesaban una especie de culto; a orillas del Orinoco existían y existen quizás aún indios que invocaban estos animales para obtener la lluvia y el buen tiempo; guardaban para tal objeto sapos en unas ollas

y los azotaban concienzudamente cuando sus deseos no se cumplían.

Los sapos no forman parte de ninguna preparación farmacéutica hoy día, pero los homeópatas los recetan en la epilepsia y en casi todos los países del antiguo continente se usan como remedio popular en gran número de enfermedades.

En algunas regiones, por ejemplo, se acostumbra, en casos de fiebre tifoidea, colocar tres o cuatro sapos en un vaso debajo de la cama del enfermo.

Contra las carcinomas, macerar un sapo vivo en aguardiente durante cuarenta días, secarlo, pulverizarlo y espolvorear las heridas con este polvo.

Contra los reumatismos, hacer fricciones con aceite en el cual se ha hecho hervir un sapo vivo durante dos horas.

Cuatro patas de sapo o de rana, llevadas en la faltriquera, son buenas contra el dolor de muelas.

Recetas como éstas hay muchas que dejo en el tintero, pues para la muestra bastan las enumeradas.

Los sapos sirven también allá a los brujos para hacer daños, pero los métodos seguidos para esto son bastante numerosos y al transcribirlos me apartaría del verdadero objeto del presente artículo; me limitaré a indicar el remedio contra el daño por estas sabandijas de cualquier naturaleza que sea: basta llevar un sapo vivo en una caja de cuerno...

Es curioso que en Chile el pueblo no haya conservado el sapo como remedio casero; los primeros colonos habrán creído sin duda que los batracios del país no eran propios para usos medicinales, en vista de la diferencia que hallaron entre los de aquí y los de la madre patria, la rana especialmente, que alcanza en Chile tamaños extraordinarios.

Sin embargo, creo que los brujos emplean el sapo para efectuar algunas hechicerías, pero se muestran muy reservados sobre este punto y no he podido cerciorarme de ello de una manera positiva; pero según la declaración de Aurora Quinchem en el proceso de los Brujos de Chiloé, el sapo sería

realmente utilizado como veneno. Dice así lo que a él se refiere:

«Bocado es un remedio que usan los brujos para causar a los hombres una enfermedad que les hincha la barriga, que les da mucha sed y muchos vómitos, sin que les permita pasar nada en el estómago y que los aniquila por completo hasta que llegan a morir.

Ese remedio lo hacen de lagartijas y sapos que secan al sol y después en una pequeña narigada la ponen en alguna bebida que se quiere dar a la víctima. Suelen llegar a restablecerse de esta enfermedad aplicando las mismas lagartijas y sapos tostadas con sal, también en una pequeña narigada, y tomando ésto en agua bendita. Así en una semana pueden restablecerse.»

*Mumia*, o bien, vertido al castellano, momia es, como todo el mundo lo sabe, un cadáver conservado artificialmente.

Las primeras momias conocidas fueron las encontradas en Egipto, donde floreció más que en ningún otro país el arte del embalsamamiento.

Después de rociar las cavidades de un cadáver, los egipcios lo lavaban cuidadosamente y lo ponían a secar en una estufa o en arena caliente; después lo barnizaban, lo rellenaban con especies odoríferas y le daban un baño de asfalto caliente y líquido; por fin lo envolvían en vendas untadas con gomas y resinas.

No se puede negar que la idea de usar las momias como remedio es una de las más estafalarias que haya ocurrido a nuestros antepasados, pero debemos reconocer que cuadra perfectamente con sus ideas analógico-medicinales. El estado de conservación de las momias debe de haber llamado poderosamente su atención y sin duda les hizo creer que absorbiendo una pequeña cantidad de ellas, participarían de sus cualidades o por lo menos harían las veces de elixir de larga vida y que alcanzarían por su medio la edad de los patriarcas;

en todos casos las creían dotadas de maravillosas propiedades.

A Paracelso se debe el uso de la momia en terapéutica; la recetaba a menudo en varias enfermedades para uso interno y externo, en pociones y en pomada. Algunos creen que Paracelso quiso designar con este vocablo una pequeña planta que crece en los ataúdes de los cadáveres embalsamados; en caso de ser efectivo se trataría de una especie de criptógamo; otros piensan que la momia de Paracelso no era un cadáver ni una planta, sino otra substancia cuya verdadera naturaleza no indican claramente; sea lo que fuere, nuestros abuelos no entraron en tantas averiguaciones, dieron a la palabra su sentido real y habrían acabado con todas las momias de Egipto si la ocupación de este país por los moros no hubiera hecho punto menos que imposible su extracción de los hipogeos, lo que por otra parte no importaba un ápice a los boticarios que a falta de legítima, expendían momia *arte facta*, es decir artificial, cuya receta doy a continuación.

Asfalto 20, incienso 10, colofonio 40, áloe 10, resina blanca 10, ocre amarillo 15.

El asfalto que se empleaba era el de Judea, mencionado en esta tarifa con el nombre de *piedra judaica*, así llamada porque se encuentra en gran cantidad a orillas del Mar Muerto, en Palestina; de allí se extraía antes del descubrimiento de América, donde se encontraron inmensos yacimientos de asfalto en varios países. Esta sustancia entra tan sólo en la teriaca hoy día, pero tiene variadas aplicaciones industriales.

(Tarifa, pág. 20)

De todos los *aceites por decocción* contenidos en el Arancel de 1813, solamente dos están empleados y casi exclusivamente por el pueblo: el aceite rosado y el aceite de manzanilla; el primero es un aceite cualquiera al que se da un color rosado, haciendo macerar en él raíz de ancusa—Anchusa tin-

toria—la que fuera del color no comunica al aceite la menor propiedad medicinal, por la sencilla razón que no tiene ninguna; sin embargo, el pueblo chileno tiene mucha fe en este aceite, lo agrega a los cataplasmas y lo usa solo en compresas o en fricciones contra las machucaduras.

El *aceite de manzanilla* que no se hace hoy por decocción sino con unas cuantas gotas de esencia en aceite, tiene fama de ser eficaz en caso de dolores reumáticos o neurálgicos.

El *aceite de cachorros* se preparaba haciendo hervir en aceite perros recién nacidos, hasta que toda la humedad se había evaporado; se hacía después macerar en este cocimiento las siguientes yerbas aromáticas: orégano, hypericon, mejorana (una variedad de orégano), serpol (especie de tomillo) y poleo. Se prescribía contra la gota y el reumatismo.

Los *aceites de lombrices, de alacranes, de zorros* y otros animales se preparaban de la misma manera, pero sin yerbas aromáticas.

(*Tarifa, pág. 21*)

La mayor parte de los *aceites por destilación* de nuestro Arancel se usan siempre y sus usos son más o menos conocidos de todos. Entre los que están inusitados se notará seguramente el aceite de ladrillos. Se obtenía destilando aceite de olivo con *ladrillo* molido y se usaba contra la gota. •

No debe confundirse el aceite de castor por decocción con el aceite ricino, al que se da este nombre muchas veces.

El *aceite de castor* de nuestra Tarifa es el que se hace con el castóreo, secreción peculiar al castor, pequeño mamífero roedor y anfibio que se encuentra en Siberia y en el Canadá. Dícese que el castóreo es antiespasmódico; entra en la teriaca, y todavía se prescribe de vez en cuando su polvo y su tintura.

Aunque el ricino era conocido desde muy antiguo, el aceite exprimido de sus semillas es un remedio relativamente nuevo. No se conocía antes del siglo XVIII, a fines del cual se principió a usar en pequeña escala el que se importaba de



las Antillas, que alcanzaba un alto precio. Su empleo se generalizó solamente durante el siglo pasado.

Se dió al ricino el nombre de *palma cristi*, porque sus hojas se asemejan a la palma de la mano, dándose la preferencia a la de Cristo. Las semillas *Catáputia major* se llamaron también semillas de castor; de allí provienen los diferentes nombres que tiene este aceite.

El vulgo que ignora estas cosas cree que estos tres vocablos designan otros tantos aceites distintos, y pide unas veces el uno y otras veces los otros, porque son muy populares en Chile como purgantes; los piden, pues, a menudo ya sea solo o compuestos con aceite de almendras, jarabe de ruibarbo o de achicoria.

(*Tarifa, págs. 22 a 24*)

Las *píldoras* del arancel de 1813, inusitadas hoy no tienen particularidad de interés que señalar, salvo las llamadas *pro gonorrea*; cien años há, se pensaba que era ventajoso para el enfermo dejar correr durante algún tiempo el flujo purulento ocasionado por esta enfermedad. Esta creencia quedó popular en Chile, y muchas personas se figuran que de esta manera se eliminan los malos humores del cuerpo y por este motivo se medicinan sólo cuando ha pasado el período agudo de la enfermedad.

De paso señalaré otra creencia que encontré aquí entre mujeres de vida alegre respecto a esta enfermedad y es que se puede sanar transmitiéndola a otro y mejor aún si «stuprum ore vel lingua efficitur». Este secreto no lo pregonan a todo el mundo, y lo sorprendí por una mera casualidad; por lo demás tienen buen cuidado de no elegir su curandero entre sus clientes ordinarios.

(*Tarifa, pág. 25*)

¿Quién no conoce el coral? Es una concreción calcárea depositada en el fondo del mar por unos pólipos. El *coral rojo*

se usaba antiguamente como tónico y astringente. Pensábase que el coral era una planta; fué un médico de Marsella, PEYSSONNEL, que descubrió el origen animal de este cuerpo. La superstición le concedía además propiedades quiméricas, y todavía hoy en muchas partes de Europa se ponen collares de coral a los niños para favorecer la dentición. Se creía también que el coral era un preservativo contra la epilepsia, los daños, las tempestades marinas, etc.

El coral sirve hoy tan solo para hacer polvos dentífricos. Las huasas suelen comprar polvos de coral; se les vende carbonato de cal coloreado con carmín; algunas los emplean como cósmético a manera de polvo de arroz.

La *madre de perlas* es la concha del molusco que produce las perlas y podría servir con toda propiedad para los mismos usos, ya que unas y otras están compuestas de carbonato de cal. Las perlas fueron introducidas en la terapéutica por los árabes.

Las *perlas preparadas* de la farmacopea chilena eran, sin duda, de la especie más común, pues una sola dosis de perlas orientales garantidas costaba de 50 a 60 pesos. Se prescribían las perlas contra la peste, la tisis, las irritaciones intestinales, las hemorragias, para aumentar la secreción de la leche, como antídoto, para limpiar los dientes y aclarar la vista, y en efecto que habían de ser eficaces en las enfermedades de los ojos porque tanto por su forma como por su color se asemejan al globo ocular.

Las perlas lavadas en agua de rosas, de clavos o de toronjil y después pulverizadas sobre un mármol constituían las perlas preparadas. Este polvo se tomaba a la dosis de 1 ó 1½ drácula, solo o con polvos de bezoar, de unicornio o de cuerno de ciervo para contrarrestar el efecto de las mordeduras de los animales venenosos.

En caso de debilidad se tomaba el agua de perlas que se preparaba haciendo disolver las perlas en vinagre o en jugo de limón y agregándole, si el facultativo lo creía necesario, agua de rosas, de borraja, de toronjil o de canela.

No creemos ya en las maravillosas propiedades de las perlas, pero los chinos tienen todavía fe en ellas, y cada año los hijos del Celeste Imperio absorben inmensas cantidades de perlas disueltas.

El *cristal montano* es eficaz en las enfermedades de los ojos; los chinos lo emplean siempre en estos casos; esta propiedad saltará a la vista de los lectores que se dignen recordar la teoría analógica.

El *cuerno de ciervo filosófico* se preparaba calcinando el cuerno despojado de su materia animal por una prolongada ebullición en el agua, la que daba la jalea de cuerno de ciervo, cotizada en 2 reales en nuestro Arancel; por este motivo el cuerno filosófico es más barato que el calcinado que se hacía con el cuerno entero.

Cien años há, el *cráneo humano* costaba 6 reales la dracma y la sal volátil del mismo, 8 reales (véase pág. 37). Muchos lectores sonríen involuntariamente al ver tan extraño remedio figurar en la farmacopea de antaño. ¿En qué caso se empleaba el cráneo humano y por qué éste más bien que otro?

El cráneo humano se prescribía contra distintas afecciones de la cabeza y especialmente en la epilepsia.

La etiología de esta enfermedad que no está bien conocida aún en nuestros días, era con más razón ignorada en la antigüedad. Se dió a esta dolencia el nombre de *morbis caducus* (*a cadere*) porque el enfermo cae al suelo repentinamente, (*epilepsia* viene de *ἐπιλαμβάνειν*, sorprender) y el de *morbis sacer*, mal sagrado, porque se creía que era causado por los dioses que manifestaban su presencia de esta manera y, por lo tanto, cuando en una asamblea popular, alguna persona caía con un ataque epiléptico, los asistentes se retiraban silenciosamente, presos de un religioso terror; de ahí proviene otro nombre con que se la conoce: *morbis comitalis*, enfermedad de las asambleas. Se llamó también la epilepsia, *mal intelectual*, porque según todas las apariencias está originada por una disposición mórbida del cerebro. En virtud, pues,

de las ideas analógicas en curso, pareció muy lógico emplear el cráneo humano para sanarla.

No tengo la intención de justificar el empleo de este remedio y de los demás de origen animal, tal como la sangre de machos o el aceite de cachorros, porque me parece una aplicación absurda de una teoría que tal vez encierre un fondo verdadero. Lo único que puedo decir es que los antiguos han ido demasiado lejos en sus deducciones analógicas y que en la práctica no se dedicaron a elaborar sus remedios de una manera verdaderamente científica.

En efecto, desde los descubrimientos hechos por *Brown Sequard* en 1888, se emplea corrientemente y con éxito jugos de origen animal: cuerpo tiroideo, próstata, riñón, testículos, cápsulas surrenales, hipófisis cerebral desecada, médula roja de los huesos, ya sea en inyecciones hipodérmicas o por la vía estomacal, medicación que el catedrático LANDOUZY denominó *opoterapia*. La teoría alquimista de las correspondencias abarca también a la *seroterapia* y la *vacuna animal*. De esto podemos deducir que, sea esta teoría falsa o verdadera, si los doctores medioevales hubieran de acuerdo con ella, hecho experimentos concienzudos con los remedios que empleaban, en vez de limitarse a una aplicación infantil de la misma, la medicación orgánica de hoy habría sido descubierta hace varios siglos.

La medicación orgánica es tan vieja como la historia del mundo. Las crónicas homéricas nos enseñan que el Centauro Chirón, preceptor de Aquiles, robustecía a su alumno alimentándolo con médula de leones. Hoy en algunos hospitales de Europa se da médula de buey a los niños raquíticos.

Según Plinio, los antiguos griegos usaban en gran escala medicamentos sacados del hombre y de los animales, fundándose en que cada víscera sana debía poseer una propiedad especial que la hacía apta para sanar los órganos enfermos correspondientes. El mismo autor, en su Tratado de Historia Natural, dice que el pueblo usa corrientemente la medicación orgánica. Como afrodisíacos tomaba los testícu-

los de liebre, de burro, de ciervo, de caballo y de hiena; contra las enfermedades nerviosas, el cerebro humano y la médula espinal de hiena; el cerebro de camello o de burro contra la epilepsia. Plinio recomienda también en este caso tomar cerebro humano con vinagre y testículos de puerco molidos con leche a la dosis de media onza por día.

Galeno y Rufus de Efesio hablan poco de la terapéutica orgánica, pero no tenemos sus obras completas; sin embargo, mencionan la medicación hepática y testicular. En cambio, Marcellus Empiricus, en el siglo IV de nuestra era, habla extensamente de los remedios orgánicos.

En la Edad Media, volvemos a encontrar esta misma terapéutica en la escuela árabe con Mesue el antiguo que volvió a preconizar la medicación testicular y prescribió unas emulsiones muy complejas hechas con órganos y numerosas otras sustancias.

Empleaba los cerebros (especialmente de aves), el hígado de lobo, el bazo de buey, los riñones de puerco, y de ciervo, el pulmón de zorro y de puerco espín, así como la sangre desecada y conservada en sal.

Rhasis y Albucasis en el siglo X, así como Avicena en el siglo XI, aplican la terapéutica de Mesue, haciéndole numerosas adiciones.

La escuela de Salerno con Nicolás Le Myrepse (1230) receta sangre desecada y testículos.

La escuela de París con Alberto el Grande preconiza el cerebro de camello a los epilépticos, el cerebro de león en la locura, el corazón de ciervo en las enfermedades del corazón, los riñones de puerco espín, los hígados de lobo, de oveja, de burro, etc., en las afecciones del hígado, el pulmón de lobo en las enfermedades del pulmón.

Durante la época del Renacimiento y a pesar de sus tendencias innovadoras, Paracelso conserva el uso de la sangre, del bazo de buey y de la grasa de oso.

El siglo XVII es la edad de oro de la antigua organoterapia. En ninguna época fué tan empleada y preconizada tanto

por los rectores de las facultades como por los libros oficiales. Nunca se había visto semejante acopio de preparaciones sacadas metódicamente de tan numerosos tejidos y sus aplicaciones generalizadas tan sistemáticamente; en conjunto, llegaron a formar una terapéutica casi completa.

En el siglo siguiente principió la decadencia de la organoterapia; así, por ejemplo, Nicolás Lemery no está conforme con las aseveraciones de los antiguos y hace una selección entre estos remedios orgánicos. Sin embargo, receta siempre el cerebro humano, el corazón de ciervo, el pulmón de zorro, la placenta de oveja, etc.

Esta terapéutica no había caído del todo en desuso al principio del siglo XIX como lo atestigua nuestro Arancel, pero cayó luego en el olvido hasta fines de este mismo siglo en que apareció otra vez, no ya empírica, sino perfeccionada, científicamente probada y aplicada por medio de las sabias preparaciones de las cuales todo el mundo ha oído siquiera hablar.

La sangre ha desempeñado siempre un importante papel en la organoterapia:

Los romanos chupaban la sangre que manaba de las heridas de los gladiadores, porque pensaban que era un preservativo contra la epilepsia. Plinio refiere que se empleaban baños de sangre contra la elefantiasis y para devolver las fuerzas a los ancianos agotados por las orgías.

Los moros han conservado hasta hoy el uso de órganos en su terapéutica. En 1893, el Dr. Legrain, médico de la ambulancia de El-Oued, tuvo necesidad de preparar el líquido testicular para inyecciones hipodérmicas según el método de Brown-Sequard.

Fué personalmente al mercado para elegir los testículos de cabrón que necesitaba. El carnicero que se los vendió era un negro del Sahara. «Ya sé, dijo al doctor, por qué quieres esto. Según un proverbio del Sahara, el que come el riñón blanco del cabrón está en erección toda la noche». Y en efecto esta costumbre existe entre varias tribus del Sahara.

Entre otras tribus que habitan en las regiones montañosas de Berberia hay una creencia más extraña aún, y es que un niño idiota puede sanar si come el cerebro extraído de un cadáver humano. Parece que allí se lleva a la práctica esta medicación con bastante frecuencia. Ultimamente el tribunal de justicia de Bougie (Algeria) tuvo que juzgar un caso de violación de sepultura que no había tenido otro móvil que el de extraer el cerebro del cadáver para el uso antedicho.

Creer también los árabes que el bazo de puerco espín sana las afecciones crónicas del bazo y que la cabeza del cuervo vuelve los cabellos negros!?

En una nota publicada por Mr. Raynaud, hace tres o cuatro años en el «Bulletin médical de l'Algérie», sobre la droguería marroquí, se halla una cantidad de productos orgánicos, a cual más estrafalarios, que se venden diariamente en las boticas indígenas, entre otros, cálculos amarillos de hígado de buey, huesos de ballena contra la fiebre, tráquea de camello para colgar al pescuezo de los niños que padecen de la garganta, pieles de lagartijas del Sahara para hacer tisanas contra las fiebres; piel de hiena y carne seca del mismo animal en fumigaciones contra la hidropesía, etc.

El doctor Bouffard, médico del ejército colonial francés, ha dado por otra parte en «Annales d'hygiène et de médecine coloniale» curiosos detalles sobre la organoterapia en China.

Allí se considera el jugo pulmonar del cerdo muy eficaz en las afecciones pulmonares.

En las disenterías, en la diarrea crónica y en todas las enfermedades intestinales en general, el médico indígena prescribe al enfermo intestinos de cerdo.

Los sesos se recetan en los dolores de cabeza.

El semen sería un tónico poderoso y entra en la composición de píldoras muy empleadas en la clorosis, la anemia y la convalecencia de las enfermedades graves. Tras muchas averiguaciones el doctor Bouffard pudo comprobar que algunos boticarios alquilan jóvenes de veinte a veinticinco años, pagándoles muy buen sueldo para que les entreguen el pro-

ducto de su secreción testicular, el que se vende desecado al público bajo la forma de píldoras.

Para la mujer china, la placenta que resulta de un parto normal es un precioso medicamento contra la clorosis. Se prescribe fresca, o bien desecada y reducida a píldoras.

En Chile hay prácticas populares semejantes á las que acabo de señalar y muchas personas están convencidas de que un pedazo de carne, de hígado o la mitad de una paloma son buenos parches contra *el aire*. Hasta he visto recetar la placenta por una curandera de Talcahuano en un caso bastante curioso. Es el de una señorita cuyas manos están tapizadas interiormente por un cuero duro y espeso semejante al de los callos y sus pies, según ella misma me dijo, presentan la misma particularidad.

Esto no es doloroso pero la inhabilita para cualquier trabajo de agujá, porque tiene los dedos casi tiesos y el tacto completamente embotado; este cuero crece y aumenta exactamente como el de los callos y puede arrancarlo a pedazos sin dolor alguno, pues carece de toda sensibilidad y, lo que es muy digno de notarse, es que el pueblo haya dado un nombre a un achaque tan raro, lo llaman: «Crema salada». Los padres de esta señorita tienen las manos normales y atribuyen la enfermedad a la ama de leche que crió a su hija y que padecía del mismo mal.

En varias ocasiones habían consultado inútilmente a diferentes doctores y finalmente acudieron a una curandera que le recetó friegas con la placenta de una primípara. Me parece que esto es un recuerdo de la medicación empleada todavía hoy en Algeria y en Túnez por curanderas que usan la placenta contra los respigones (*nævus*) que se encuentran a menudo sobre el pecho y otras partes del cuerpo bajo forma de manchas coloradas. Aplican la placenta fresca sobre el cutis y la sugetan con vendas; el paciente debe quedar acostado hasta que la membrana se pudra, lo que sucede al cabo de algunos días. Se dice que el *nævus* desaparece porque la epidermis ha sido destruída por éste tratamiento.

Las médicas recetan también a menudo la sangre, y es un remedio tan popular que en el mes de julio de 1911, la municipalidad de Talcahuano prohibió la entrada a los salones del matadero a las personas que iban a beber sangre, por considerar esta costumbre como perniciosa.

Fuera del uso de la sangre como remedio, queda en Chile la creencia que para sanar de un daño o mal impuesto, hay que beber sangre del presunto brujo, lo que da lugar de vez en cuando a hechos criminosos en lugares apartados del campo.

La *tierra sellada* es una tierra aluminosa que tiene propiedades más o menos iguales a las del Bol de Armenia; el polvo de tierra sellada entraba en la composición de la confección de Jacintos y los trociscos de esta tierra llevaban impresas las iniciales T. S. (Tierra sellada). Algunos doctores recetan todavía la arcilla pura en algunas enfermedades intestinales.

Tenemos que remontar casi al principio de los tiempos históricos para encontrar el uso de la tierra sellada.

Es razonable suponer que el hombre buscara primero los medicamentos que necesitaba en el reino vegetal y después en el reino animal; no fué sino bastante tarde que pensó en usar sustancias minerales como remedio.

Fué en efecto solamente algunos años después de la toma de Troya, cuando asoman los primeros ensayos de medicina empírica, en los cuales aparecen productos minerales. Se había observado que ciertas tierras, generalmente aluminosas, administradas de distintas maneras, producían saludables efectos en algunas enfermedades. Se hizo con estas tierras bolos que se vendían con nombres que recordaban las más veces su lugar de origen. Esta costumbre se arraigó y el empleo de los bolos se hizo popular. Entonces los sacerdotes de las diversas deidades, que tan bien sabían explotar la ignorancia pública en pro de su influencia y de sus intereses, trataron de monopolizar la fabricación y la venta de los bolos. Para alcanzar su propósito, impusieron un sello

sobre estos bolos, mientras estaban todavía blandos. La tierra más renombrada era la de la isla de Lemnos, vendida por los sacerdotes del templo de Efeso, la que llevaba estampada una cabra, símbolo de Diana.

Desde esa época los minerales adquirieron una gran importancia en la terapéutica, como lo atestiguan los escritos sobre medicina que llegaron hasta nosotros.

En los poemas que se atribuyen a Orfeo, que fueron compuestos a lo menos 450 años antes de nuestra era, se encuentra ya la prueba de que los griegos atribuían propiedades mágicas a las piedras preciosas.

En el siguiente siglo, Platón discurre sobre el origen de estas piedras. Las asimilaba a seres vivos, y creía que estaban engendradas por una especie de fermentación producida por un espíritu vivificador que bajaba de las estrellas. Describió el diamante, que ya distinguía de las demás gemas, que era, según él, un núcleo que se formaba adentro del oro, y suponía que era la parte más noble y más pura de este metal que se había condensado en una masa transparente.

En las obras de Teofrasto, discípulo de Aristóteles (372-287. A. C.), de las cuales sólo una pequeña parte llegó hasta nosotros, figuran varias sustancias minerales desconocidas hasta entonces.

Dioscórides sustentó la idea de que las piedras preciosas gozan de propiedades secretas, y a él se debe que el uso de las gemas se haya introducido en la terapéutica.

Algunos años después de Dioscórides, Plinio en su *Historia Natural* consagra un capítulo exclusivamente a las piedras preciosas.

Después de Plinio, tenemos que esperar diez siglos para ver salir a luz, con los árabes, documentos nuevos sobre los minerales y las gemas.

Se encuentran primero en las obras de Gebert y de Avicena.

Doscientos años más tarde, uno de los más célebres sabios de la Edad Media, Alberto el Grande publicó su tratado «*De rebus metallicis*», en el que se ocupa de las piedras preciosas.

Su amigo y discípulo Santo Tomás de Aquino escribió también un tratado sobre la naturaleza de los minerales y numerosos sabios volvieron después a escribir sobre el mismo tema.

Estas ideas sustentadas por tantas y tan imponentes autoridades en la materia, las hicieron admitir como incontestables por todo el mundo civilizado y están difundidas hoy todavía en los países moriscos y en regiones montañosas de España; pero antiguamente, en ningún país del antiguo continente se tenía duda acerca de las propiedades medicinales de las esmeraldas, de los rubíes y demás gemas. Junto con su lengua, sus costumbres y su religión, trajeron los españoles a quende los mares su farmacopea y quedó en Chile, hasta mediados del siglo pasado, de todas estas piedras, el uso del Hematites, del *Jacinto*, de las perlas, etc., como lo atestigua el Arancel de 1813.

La *Tutia* es un óxido de zinc impuro que se forma en los hornos donde se calcinan los minerales de zinc; lavada, desecada y pulverizada, constituye la tutia preparada que se prescribía como secante. Cayó en el olvido, pues se le sustituyó ventajosamente el óxido de zinc puro. La tutia contiene siempre partículas de zinc y arsénico.

(*Tarifa, pág. 26*)

Los *polvos compuestos*, polvos purgantes y pociones no se prestan a ningún comentario; la mayor parte de estas preparaciones son mezclas de los medicamentos simples que hemos pasado en revista, y la mayor parte ha caído en un justo olvido, por ser mezcolanzas que no tienen razón de ser y cuyo efecto es problemático o dudoso.

Por ejemplo, los polvos de *Diarrhodon* (de *διά*, por, y *ρόδον*, rosa) se compone de rosas, sándalo, cardamomo, canela, hinojo, etc. . . . El *polvo de Haly*, que se usaba en las hemorragias, la diarrea y la tisis pulmonar, contiene azúcar candia, almendras, almidón y goma.

El polvo de *guceta* es tal vez el más extravagante de todos,

en él se encuentra el muerdago, raíz y semilla de peonia, coral, uña de la gran bestia, cráneo humano, algunas piedras preciosas y plantas que debían recolectarse a una hora astrológica determinada. Ya sabemos que todos estos ingredientes son capaces de sanar a cualquier epiléptico.

(*Tarifa*, pág. 30)

Las raíces, salvo algunas, han caído también en desuso, aunque casi todas tienen propiedades medicinales muy marcadas y podrían prestar positivos servicios.

(*Tarifa*, pág. 32)

Igual cosa puede decirse de los *jarabes*, habiendo quedado algunos populares, tal como el de achicoria que no se hace hoy en ninguna botica, vendiéndose en su lugar jarabe de ruibarbo.

No es de sentir por lo demás que los jarabes vayan desapareciendo de la farmacopea, vistos los inconvenientes que presentan y que no tengo por qué recordar. Hace años que fueron suprimidos en la farmacopea suiza; la británica ha conservado muy pocos jarabes y sería de desear que fueran suprimiéndose de las demás farmacopeas.

Entre todos estos jarabes haré alto solamente sobre el de cascarilla. Por el Arancel no se puede saber a qué clase de cascarilla se refiere; se ha confundido bajo éste nombre, la cáscara de quina aromática con la de quina colorada (*Cinchona rubra*); pero como se encuentra ésta cotizada en otra parte con el nombre de Kina, supongo que se trata aquí de la quina aromática que tiene las mismas propiedades que la otra aunque no contiene quinina y es además antiemética; emite un olor agradable que la quina no tiene, pero como sus propiedades medicinales no son tan enérgicas se abandonó su uso en terapéutica.

La corteza de quina colorada es uno de los medicamentos

más valiosos descubiertos por los españoles en América. Su eficacia contra la fiebre era conocida por los indios del Perú desde una época que es imposible determinar, porque guardaron mucho tiempo secreta ésta propiedad de la quina por odio a sus conquistadores que eran víctimas de la fiebre intermitente que reina en el Perú, así como en la mayoría de los países tropicales.

En 1638, fué atacada de esta fiebre la condesa de Chinchon, esposa del entonces virrey del Perú. Esta dama, buena y caritativa, había hecho todo cuanto le era humamente posible para mejorar la suerte del vencido y los indios habían concebido hacia ella una ternura ilimitada. La noticia de su enfermedad y tal vez de su fin próximo cundió con la rapidez del rayo y llevó la consternación en el ánimo de sus protegidos. Pero el amor que le profesaban pudo más sobre ellos que el odio que habían concebido hacia sus opresores y uno de ellos en nombre de sus tribus diezmadas le trajo la salvadora corteza, gracias a la que la virreina volvió a la salud.

Fué por este motivo bautizada con su nombre y con el de «corteza de la condesa».

Esa fiebre que se llama terciana en el norte de Chile y en el Perú, extiende sus estragos hasta en las provincias septentrionales de la Argentina, Jujuy, Salta y Tucumán, donde se la bautizó con el nombre de *chucho*. Dió lugar á una expresión popular allende los Andes: «Aquí no hay *chucho*» lo que equivale a «no tenemos miedo». Porque es creencia que los enfermos de esta fiebre antes de un acceso, sienten una especie de ansiedad y como un terror vago e injustificado; se cree tal vez esto á causa de los escalofríos que hacen tiritar al paciente.

En Chile, la cascarilla es un remedio popular; la gente del pueblo hace con ella un cocimiento que sirve para curar heridas, hacer gargarismos y para lavarse la cabeza. Lo que se expende aquí con este nombre es un palo rojizo y grueso que me parece ser una pseudo-cascarilla; aunque no podría afirmarlo de una manera categórica. En todo caso no le he

reconocido ninguno de los caracteres de las diferentes clases de quina que había visto en el Perú y en Europa, y que están descritos en los manuales farmacéuticos. Pienso que lo que se vende en Chile como cáscara de quina son astillas sacadas del tronco del árbol, lo que explicaría el aspecto que tiene y su bajo precio.

(*Tarifa*, pág. 35)

El *espíritu de hormigas* se obtenía destilando hormigas con agua y alcohol. Hoy se hace sintéticamente el ácido fórmico, por lo que la precedente destilación está abandonada.

El *hollín* es el producto de la combustión incompleta de las materias orgánicas. Se deposita en las chimeneas donde se quema leña. Contiene sales amoniacaes, una resina ácida y una materia azoada soluble en el agua; se empleaba contra las dermatosis, la sarna y las llagas escrofulosas.

El *espíritu de hollín* se obtenía destilándolo; es un líquido aceitoso que se prescribía en la histeria a la dosis de 20 a 30 gotas; pensábase que tenía propiedades vermífugas, antiespasmódicas y emenagogas.

El pueblo chileno recuerda todavía esta aplicación del hollín y es un remedio casero para las enfermas de parto; se usa también contra el empacho.

En la farmacia, el hollín entra en la composición de las gotas amargas de Baumé.

(*Tarifa*, pág. 36)

Las *sales de ajeno*, de centauro menor, de cardo santo, etc., eran las cenizas que provenían de la combustión de estas plantas. Son los últimos vestigios de las numerosas sales vegetales prescritas por los alquimistas. Uno de ellos, el célebre Raimundo Lulio, había demostrado que las cenizas de las plantas daban únicamente carbonato de potasa, pero se creía siempre que conservaban las propiedades que caracterizaban

las plantas de donde provenían. La preparación de estas sales era antiguamente mucho más complicada que la que se adoptó después.

«Quemamos las plantas, dice Santo Tomás en su opúsculo «De Lapide Philosophico», en el horno de calcinar, trasformamos después esta cal en agua, la destilamos y la coagulamos; se transforma entonces en una piedra dotada de virtudes más o menos grandes, según las virtudes de las plantas empleadas».

(*Tarifa, págs. 37 a 39*)

El uso de la *semilla de linaza* es popular, entera para hacer tisanas o colutorios y molida en cataplasmas; en Chile se emplea además la linaza contra la enteritis, tostándola, moliéndola y haciendo con la harina así obtenida un *ulpo*, que sana, según se dice, la irritación intestinal más rebelde.

El *azucar candi* está borrado de la lista de los remedios modernos, pero tiene siempre uso popular contra la nube, para lo cual se muele y se insufla en el ojo enfermo. Yo no podría decir si este remedio es bueno o malo; en caso necesario, preferiría cualquiera otra droga, salvo que opine por ésta un especialista en enfermedades oculares.

(*Tarifa, pág. 40*)

El *trocisco* es una forma medicamentosa hoy abandonada, aunque ha sido conservada por algunas farmacopeas.

Los trociscos además de la forma de trompo, recibían también la de un grano de cebada, de una bolita o de un cubo. Ogaño los trociscos se han vuelto pastillas.

Desde luego, nuestros trociscos revelan a primera vista su origen morisco.

Los *trociscos blancos de Rhasis* (médico árabe) se preparaban con cerusa, almidón, goma y agua de rosas; tenían la forma de un grano de cebada y se prescribían en colirios ó en inyecciones.

Los *trociscos de alhandal* (palabra árabe que significa coloquintida) se hacían con polvos de coloquintidas y mucílago de goma tragacanto; se dividía esta pasta en trociscos triangulares y se empleaban en la hidropesía.

Los *trocisco de Karabe* (nombre persa del sucino), *de mirra*, *de víboras*, etc., son tan olvidados como los anteriores.

El pueblo chileno tiene mucha fe en las propiedades medicinales de los ungüentos y ha conservado el uso de varios que se encuentran en el arancel de 1813 y que figuran siempre en la farmacopea oficial chilena.

Los que mas demanda tienen son el ungüento altea, el simple, el alcanforado, el nervino, los mercuriales; el de diapalma menor, más conocido con el nombre de palma baja, y el de plomo o ungüento saturno. El ungüento de manzanas goza todavía de mucha popularidad, vendiéndose en su lugar cerato simple o manteca, aromatizado con esencia o con éter nítrico.

#### OBRAS CONSULTADAS

- DORVAULT.—«L'Officine ou répertoire général de Pharmacie pratique».
- A. DECHAMBRE, M. DUVAL, L. LEREBoullet.—«Dictionnaire des sciences médicales».
- H. HAGER.—«Manuale Pharmaceuticum».
- BOUCHARDAT.—«Manuel Thérapeutique».
- RABUTEAU.—«Toxicologie».
- A. RICHE.—«Manuel de chimie médicale et pharmaceutique».
- L. TROOST.—«Traité de chimie».
- H. DURVILLE.—«Application de l'aimant au traitement des maladies».
- SÉDIR.—«Les plantes magiques».
- PARACELSUS.—«Opera chemica et philosophica».
- C. CRINOU.—«Revue des médicaments nouveaux».
- G. BARDET.—«Formulaire des nouveaux remèdes».